

Los fusilamientos de junio del 56



Versión en pdf de los textos publicados en www.9junio1956.jg.gba.gov.ar
Edición digital: elortiba

www.elortiba.org

Un aporte para pensar el pasado y defender nuestro porvenir

Ing. Felipe Solá

La edición de este libro no es sólo un hecho de conmemoración, sino también un justo homenaje a quienes murieron en esas circunstancias, los sobrevivientes, los deudos y los miles de argentinos que estaban dispuestos a protagonizar aquella gesta y que quedaron en el anonimato por el violento aborto al que los sometió la dictadura de Aramburu y Rojas.

La ocasión de los 50 años del surgimiento del Movimiento de Recuperación Nacional es propicia para reflexionar sobre varios aspectos cuya vigencia se demuestra de manera notable.

En primer lugar, la determinación de quienes decidieron llevar adelante esa gesta no puede estar desvinculada de la proclama que ellos mismos tenían dispuesto dar a conocer. Esa proclama no era ni más ni menos que la afirmación de la soberanía popular, la defensa de las instituciones y de un modelo económico a favor del pueblo y los trabajadores que habían sido pisoteados por el plan de Raúl Prebisch y el injustificable sometimiento de la Argentina al FMI.

En segundo lugar, resulta sorprendente y aberrante la impunidad con la cual se asesinó a 27 patriotas tratando de encubrir esos crímenes con una supuesta institucionalidad. Los asesinatos no sólo fueron anticonstitucionales, sino que la mayoría de ellos fueron ilegales. La complicidad de la justicia de entonces con esos crímenes es algo que merece un debate actual.

En tercer lugar, debemos reparar en que el general Valle no sólo era un militar valiente, sino que además tenía una brillante foja de servicios y que su trayectoria lo muestra claramente como un visionario que impulsaba un modelo de Fuerzas Armadas en defensa de la soberanía nacional y la producción. Por el contrario, sabía perfectamente que el golpe de Aramburu y Rojas hacía retroceder ese modelo de Fuerzas Armadas a la retrógrada visión de jefes militares subordinados a la injustificable violación sistemática de la Constitución Nacional.

No menor fue el aporte de los suboficiales surgidos de una época del país en la cual habían logrado poder votar en elecciones generales y, a la vez, tener un rol activo en la vida militar.

En cuarto lugar, basta repasar la situación de la prensa de entonces para asombrarse sobre la cantidad de periódicos, revistas y publicaciones que fueron clausurados por esa supuesta Revolución "Libertadora". En contraste con esto, la gran prensa de entonces varió entre una pretendida neutralidad y la complicidad más absoluta con los crímenes cometidos entre el 9 y el 12 de junio de 1956.

Asimismo, decenas de miles de delegados elegidos en sus trabajos fueron privados por decreto de la representación gremial luego de que la Libertadora interviniera los

sindicatos, en evidencia de que no sólo violaba la democracia, sino que quería evitar la participación democrática de los trabajadores que había logrado la CGT. Aquel levantamiento frustrado del general Valle se proponía recuperar de inmediato esos derechos conculcados.

Finalmente, resulta imprescindible asociar aquella furia represiva del 56 para entender la tragedia argentina de la que hace pocos meses conmemoramos 30 años. No es aventurado pensar que si los argentinos hubiéramos podido hacer justicia sobre esos crímenes de 1956 y encausar con dignidad la vía democrática, probablemente, no hubiéramos sido sometidos a la dictadura más cruel y entreguista que vivió la patria.

LOS FUSILADOS QUE VIVEN

Prof. Mario Oporto,
Jefe de Gabinete de la Provincia de Buenos Aires

En la pintura de Goya Los fusilamientos del 3 de mayo de 1808 en Madrid (1814), que se exhibe en el Museo del Prado, se ve una escena de ejecución, posiblemente insuperable desde el punto de vista artístico. El pelotón de soldados de Napoleón enfrenta a un grupo de civiles españoles desarmados y dispara a mansalva. Se nota que no es la primera vez que eso sucede en la escena que vemos porque ya hay una pila de cadáveres sangrando sobre el margen izquierdo del cuadro. Sobre la derecha, en cambio, algunas personas parecen rezar para que los verdugos no continúen su tarea. Pero lo más destacado de ese momento, uno de los más dramáticos de la historia del arte, es un hombre que aparece de rodillas, vestido con una camisa blanca, y abre los brazos frente a quienes se afirman en sus posiciones para matarlo. Toda la luz de la imagen se concentra allí, en un punto que tal vez no sea del todo el centro geográfico de la imagen pero que, sin dudas, es su centro moral. De allí surge un resplandor en el que la genialidad de Goya parece dejar caer sus opiniones políticas y hasta filosóficas sobre el mártir, cuyo valor -un valor fundado en la razón- es muy superior al terror que enfrenta.

Ese terror pictórico, general y detallado al mismo tiempo, individual y colectivo, parece responder a una sospecha muy bien fundada: no habrá sobrevivientes ese 3 de mayo. Pero quienes están sobreviviendo “mientras tanto”, quienes aún esperan que les llegue el turno del sacrificio como el hombre de la camisa blanca, son aquellos que le dan sentido a la escena. Porque antes de ser fusilados pueden dar testimonio de lo que significa un fusilamiento, aún cuando ese testimonio desaparezca más tarde. Mientras vivan, tendrán una conciencia personal acerca de la injusticia a la que se ven sometidos.

¿Cómo puede hacerse oír un ejecutado? Únicamente si se salva, es decir: si lo dan por muerto estando vivo. Eso fue lo que ocurrió cuando alguien le dijo a Rodolfo Walsh: “hay un fusilado que vive”. El confidente se refería a un fusilado que había sobrevivido a la matanza de los basurales de José León Suárez, sucedida entre la noche del 9 de junio y la madrugada del 10 de junio de 1956. Walsh descubre luego que no hay un

sobreviviente sino siete, y comienza su investigación que termina con Operación Masacre (1957), una crónica testimonial escrita con el estilo de la mejor literatura y que, como una compensación estética del sufrimiento de sus protagonistas, terminó siendo pionera del género llamado “no ficción”.

La confesión sucedió “frente a un vaso de cerveza” en una noche calurosa, posiblemente en el Club de Ajedrez de La Plata, a menos de cien metros del despacho del gobernador de la Provincia de Buenos Aires. Hasta ese momento el pensamiento de Walsh se había negado a volver a la noche del 9 de junio: “Valle no me interesa, Perón no me interesa, la revolución no me interesa. ¿Puedo volver al ajedrez?”. Una indiferencia parecida a la que Franz Kafka confiesa en su diario al principio de la Primera Guerra Mundial: “Por la mañana Alemania invadió Polonia. Por la tarde fui a nadar”. Pero a partir de entonces todo cambió y un manto de claridad comenzó a caer -como en el cuadro de Goya, que ha sido siempre la ilustración de tapa de Operación Masacre- sobre aquellos acontecimientos oscurecidos por el temor y el silencio.

La historia comenzó mucho antes, con el golpe institucional del 16 de septiembre de 1955 que derrocó a Perón. Y se detuvo en la proclama del 9 de junio de 1956, cuando las fuerzas populares del peronismo, compuestas de civiles y militares, pronunció su manifiesto de resistencia contra el gobierno del presidente de facto Pedro Eugenio Aramburu. Se lo llamó Proclama del Movimiento de Recuperación Nacional, y en su encabezamiento se podía leer: “Las horas dolorosas que vive la República, y el clamor angustioso de su pueblo, sometido a la más cruda y despiadada tiranía, nos han decidido a tomar las armas para restablecer en nuestra patria el imperio de la libertad y la justicia al amparo de la Constitución y las leyes”.

La noche del 9 de junio de 1956 comenzó a las 23:30 y terminó tres días después, con el fusilamiento del general Juan José Valle. Fueron fusiladas 27 personas, muchas de ellas antes de promulgarse y difundirse por radio la ley marcial que violaba el Artículo 18 de la Constitución Nacional, en el que se establece la abolición de la pena de muerte por motivos políticos. Además de las de los basurales de León Suárez, hubo ejecuciones en la Unidad Regional de la Policía de la Provincia de Buenos Aires de Lanús, en el Regimiento 7 de Infantería y en el Bosque de La Plata, en Campo de Mayo, en la Escuela de Mecánica del Ejército, en la Penitenciaría Nacional y hasta en la puerta del Automóvil Club Argentino.

Mientras pasaban las horas, el gobierno de Aramburu anunció que hasta que no se entregara el General Valle, jefe de la rebelión, fusilarían una persona por día. Valle se entregó el 12 de junio y fue ejecutado esa misma noche pese a que ya no imperaba la ley marcial. Dejó cartas. Una, muy conmovedora, dirigida a su mujer (“Mi viejita, perdóname este final de nuestra vida”). Otra está destinada a Aramburu y comienza así: “Dentro de pocas horas usted tendrá la satisfacción de haberme asesinado”. Es imposible no ver en su tono protocolar, temerario y profético algo de lo que -dicen- hubo luego en las palabras que Ernesto Guevara pronunció ante su asesino: “Usted va a matar a un hombre”. Pero luego Valle agrega párrafos más generales, como si le estuviera hablando a una especie determinada de hombres monstruos: “Entre mi suerte y la de ustedes me quedo con la mía. Mi esposa y mi hija, a través de sus lágrimas verán en mí un idealista sacrificado por la causa del pueblo. Las mujeres de ustedes, hasta ellas, verán asomárseles por los ojos sus almas de asesinos. Y si les sonrían y los besan será para disimular el terror que les causan”.

El contenido de las cartas de Valle -hechas de lucidez, sensibilidad y valentía- produjeron ecos memorables que más tarde pudimos leer en la Carta Abierta a la Junta Militar, de Rodolfo Walsh, enviada el 24 de marzo de 1977, y causa de su asesinato al día siguiente.

El fusilamiento del Coronel Manuel Dorrego en Navarro en 1828; la cabeza del Chacho Peñalosa exhibida en la punta de una lanza en la plaza central del pueblo de Olta en La Rioja en 1863; la matanza de casi 1500 obreros y líderes sindicales entre 1919 y 1923 en La Patagonia rebelde; la masacre de junio de 1956 de los patriotas que recordamos en este libro; los miles de hombre y mujeres torturados y asesinados por la última dictadura militar en la Argentina.

Siempre habrá alguien que nos recuerde que todos los “fusilados” –vivos o muertos– viven en la Historia.

INTRODUCCIÓN

Al elegir los textos que iban a formar parte de este trabajo destinado a recuperar una parte tan importante como ignorada de nuestra historia reciente, tuvimos que definir un criterio de selección, que es, obviamente, arbitrario. Ese criterio fue el de buscar, tanto en los textos como en sus autores, independientemente de sus calidades literarias, el aporte de una visión que ayudara a percibir el conjunto de la historia en toda su trascendencia. Estamos seguros de que todos los que están debían estar, aunque posiblemente nos hayan quedado afuera algunos testimonios que deberían incluirse y esperamos que la publicación de este libro ayude a la aparición o reaparición de trabajos sobre un tema que nunca debió haber sido silenciado.

Los textos de Arturo Jauretche, glosados por su sobrino Ernesto –también escritor, periodista y militante político–, aportan en ese lenguaje tan llano y esclarecedor que lo caracteriza, con el valor de quien lo decía en su momento, haciendo una radiografía exacta de las motivaciones más profundas de quienes manejaban los hilos de la Revolución Fusiladora y preanuncian casi con exactitud lo que estaba por venir.

Salvador Ferla, alguien que como el mismo dice “no ha militado en el peronismo pero siente el deber patriótico de incorporarse a él” luego del '55 y de los horrores cometidos en nombre de la “libertad”, en su imprescindible e inhallable libro Mártires y Verdugos publicado por primera vez en 1964, recorre la historia de las intervenciones militares en la Argentina desde 1930 en adelante, para desentrañar las fuerzas que se movieron antes y después del Gobierno de Aramburu y Rojas. Su libro, escrito con el apasionamiento de quien toma partido por la causa popular, no deja de señalar los errores y desvíos que desde el peronismo facilitaron la irrupción oligárquica y le armaron el apoyo de amplios sectores de las clases medias.

Roberto Baschetti, historiador, escritor e incansable recuperador de la memoria que no registra la “historia oficial”, aborda las causas de los fusilamientos en la intención de producir un baño de sangre que sembrara el terror en el pueblo peronista y nos muestra una cara poco conocida del '56, la que evidencia la mediocridad y miseria moral de los verdugos, tan distante de la digna entereza de los mártires.

Los textos seleccionados por Enrique Arrosagaray, de su libro *La Resistencia y el General Valle*, recogen el testimonio directo de muchos de los anónimos héroes de esa gesta popular que fue la Resistencia Peronista y revela el entramado que le daba sustento civil al levantamiento encabezado por Valle. Como él mismo dice: “La Resistencia Peronista no es un mito: fue una realidad y es parte de la historia argentina. Los hombres y mujeres que la desarrollaron, cuentan en estas páginas, cómo enfrentaban a Aramburu y Rojas, cómo y dónde fabricaban sus explosivos, cómo colocaban los caños, como ayudaban a sus presos.”

Daniel Brión, hijo de uno de los fusilados en la madrugada del 10 de junio en José León Suárez, dice en el Prólogo de su libro *El Presidente duerme* que con el odio y el rencor no se construye, pero la falta de memoria destruye, y su relato de los hechos ocurridos el 9 y 10 de junio de 1956 permite recuperar la memoria de esos hombres y mujeres que sufrieron en carne propia la brutalidad del terrorismo de Estado y debieron continuar padeciendo persecuciones durante años. Este libro pretende ser, además de un ejercicio imprescindible de memoria, un homenaje a esas familias que mantuvieron vivo el recuerdo de los mártires y a pesar del silencio cómplice de los grandes medios de prensa, la jerarquía eclesiástica y la dirigencia de los partidos políticos, impidieron que el olvido sepultara definitivamente sus ideales.

Operación Masacre, el título que Rodolfo Walsh, le dio al resultado de su investigación publicado por primera vez a través de periódicos políticos, además de ser ya un clásico de la literatura argentina, es la referencia obligada de todos los que investigan, escriben o simplemente indagan acerca de estos acontecimientos. Tanto en el “Expediente Livraga” como en la “Justicia Ciega”, los dos fragmentos que forman parte de este trabajo, desnuda con la maestría que lo caracteriza los intentos por esconder debajo de la alfombra los trapos sucios de la Fusiladora. Su Carta Abierta a la Junta Militar es una trágica repetición corregida y aumentada del texto agregado a su investigación quince años después de ocurridos los hechos, y revela cómo los crímenes que no se condenan vuelven a caer sobre la sociedad que los tolera.

La “Revolución Libertadora”: retorno al coloniaje

Ernesto Jaurteche

En noviembre de 1955, a dos meses del derrocamiento del gobierno peronista, Arturo Jauretche publicó una respuesta al plan económico elaborado por encargo del gobierno de facto de Aramburu y Rojas.

Jauretche destacaba la siguiente afirmación de Raúl Prebisch, consejero económico de los militares golpistas: “Una de las medidas imprescindibles que hay que tomar para que el plan sea exitoso, es el ingreso de la Argentina como país miembro del Fondo Monetario Internacional” (el gobierno peronista había resistido con éxito todas las presiones internacionales y nuestro país no era miembro del FMI). Este ingreso se concretaría en abril de 1956.

Para que ello fuera posible, la llamada Revolución Libertadora había derogado, por un inconcebible decreto, la Constitución de 1949. Además, había dictado el Decreto 4161

que prohibía la sola mención de los nombres de Juan Perón y Eva Perón, el uso de las palabras peronismo y justicialismo y toda la iconografía e imágenes simbólicas del peronismo, proscripto como partido político. Las organizaciones obreras y profesionales, así como las asociaciones empresarias nacionales, habían sido intervenidas y saqueadas; poblaban las cárceles, incluida la de Ushuaia, más de diez mil dirigentes políticos y sindicales; las humillaciones, torturas y persecuciones, los fusilamientos legales e ilegales, de los representantes de toda manifestación política vinculada a lo que llamaron “la dictadura sangrienta de Perón” inauguraban la vigencia del terrorismo de estado.

Jauretche, en un texto lamentablemente profético, advirtió cuáles iban a ser las consecuencias de la política económica impuesta por la dictadura así como del ingreso de Argentina al FMI. Bajo el subtítulo “¿Hacia dónde vamos?”, afirmaba Jauretche:

...El plan Prebisch significará la transferencia de una parte sustancial de nuestra riqueza y de nuestra renta hacia las tierras de ultramar. Los argentinos reduciremos el consumo, en virtud de la elevación del costo de vida y del auge de la desocupación. De esta manera, no solamente aumentarán nuestros saldos exportables, sino que serán más baratos, lo que será aprovechado por el consumidor extranjero que ensanchará su cinturón a medida que nosotros lo vayamos achicando.

La mayor parte de nuestra industria, que se sustentaba en el fuerte poder de compra de las masas populares, no tardará en entrar en liquidación.

Los argentinos apenas si tendremos para pagarnos la comida de todos los días.

Y cuando las industrias se liquiden y comience la desocupación, entonces habrá muchos que no tendrán ni para pagarse esa comida.

Será el momento de la crisis deliberada y conscientemente provocada...

Los productores agrarios, que en un momento verán mejorar su situación, no tardarán en caer en las ávidas fauces de los intermediarios y de los consorcios de exportación, que muy pronto absorberán el beneficio de los nuevos precios oficiales. Para ese entonces, ya no existirá el I.A.P.I. ni habrá defensa posible...

Exportaremos más pero percibiremos menos por esas exportaciones en razón de la caída de nuestros precios como efecto directo de la reforma cambiaria.

Luego, a medida que se destruya el sistema de comercio bilateral y quedemos sujetos al patrón de una única moneda de cambio internacional, tendremos que comenzar a ceder a la presión del ‘único comprador’.

Llegado ese momento, no habrá más remedio que aceptar sus imposiciones, porque estará cerrada toda otra posibilidad.

Se cumplirá así una clara sentencia de Prebisch: ‘las economías débiles no colaboran, se subordinan fatalmente’...

Y completará esta apreciación de 1955, que 50 años después será cruenta realidad:

Mientras tanto nos iremos hipotecando con el fin de permitir que falsos inversores de capital puedan remitir sus beneficios al exterior. Y como nuestra balanza de pagos será deficitaria, en razón de la caída de nuestros precios y de la carga de las remesas al exterior, no habrá entonces más remedio que contraer nuevas deudas e hipotecar definitivamente nuestro porvenir.

Llegará entonces el momento de afrontar las dificultades mediante la enajenación de nuestros propios bienes, como los ferrocarriles, la flota o las usinas.

Poco a poco se irá reconstruyendo el estatuto del coloniaje, reduciendo a nuestro pueblo a la miseria, frustrando los grandes ideales nacionales y humillándonos en las condiciones de país satélite...

Sólo aspiro a que el lector, superando toda bandería y todo sectarismo, se aboque a la verificación de las cifras y de los hechos consignados. Que no se deje encandilar por los fuegos artificiales de los hombres 'magos' de esas creaciones míticas con que los imperialismos pretenden explotar la ingenuidad de los pueblos jóvenes.

Pocos años más tarde, Jauretche responderá al ministro de Economía Alvaro Alsogaray, que planteaba la cuestión entre "dirigismo" y "libreempresismo":

El dirigismo tiene el sentido que le da el que dirige, y siempre hay dirigismo. Sólo que se llama dirigismo cuando dirige el Estado y libertad económica cuando dirigen los grupos monopolistas particulares, que en los países coloniales o semicoloniales no son muy particulares, porque a su vez están dirigidos por la política del imperio predominante.

Y se refirió en estos términos a las medidas adoptadas por Alsogaray en la línea de privatizar la banca pública:

El que tiene la dirección de la banca tiene en sus manos el factor más eficiente de desarrollo del país o de retraso; si los bancos están orientados por la sociedad, responderán a los intereses de esa sociedad, y promoverán las actividades que a ella le convienen. Si están orientados por los intereses privados, promoverán el estacionamiento del país en la esfera exclusiva de esos intereses privados. Y en un país colonial, donde los más poderosos intereses privados están regidos por la política de los consorcios extranjeros, la acción de la banca se dirigirá precisamente a mantener las condiciones coloniales...

El que maneja el crédito maneja más la moneda que el que la emite... El que maneja el crédito maneja más el comercio de exportación e importación que el que compra y el que vende... estimula determinadas formas de producción y debilita otras; establece qué es lo que se ha de producir y que es lo que no; determina lo que puede y lo que no puede llegar al mercado con facilidades de venta, y maneja por consecuencia el consumo. El que maneja el crédito crea moneda de pago y poder adquisitivo... decide qué se produce en el país y qué no se produce, quién lo produce, cómo lo produce, cómo lo vende y cómo lo acapara, adónde lo exporta y en qué condiciones; determina las condiciones de la plaza, incide en la bolsa, todo, en una palabra.

El secreto de la prosperidad o la decadencia, del desarrollo o del atraso, está en gran manera en los bancos. Las disposiciones jurídicas, las leyes de promoción, la organización de los negocios, no son más que la anatomía de la sociedad económica. El mismo transporte es también anatomía. Pero el dinero es la fisiología de una sociedad comercialista. Es la sangre que circula dentro de ella, y el precio del dinero, su abundancia o escasez, está determinado por el sistema bancario....

Pero el dinero de los bancos no es de los bancos. Es de la sociedad toda que allí lo deposita, y de allí sale multiplicado en forma de préstamo...

Así, si crear moneda es una función del Estado, que éste debe vigilar cuidadosamente para adecuarlo a las condiciones del mercado, no es explicable que se pretenda que

crear crédito, que es crear mucha más moneda, es actividad privada. Destruir la nacionalización de la banca fue y es un objetivo fundamental de los cipayos.

Ante la política de promoción a las exportaciones agropecuarias en detrimento del mercado interno y la manufactura impulsado por los gobiernos posperonistas, dirá más adelante:

La diversificación y la industrialización en el mercado interno levantan el nivel de vida, al ofrecer trabajo abundante y remunerado. No sólo son precursores de la expansión hacia otros rumbos del comercio internacional, competencia, sino que convierten al país productor en un mercado propio competidor del metropolitano, tanto porque el alza del nivel de vida, como consecuencia del mayor poder adquisitivo de la población la hace consumidora y por consecuencia competidora del tradicional, como porque alza los costos que el país dominante trata de mantener bajos. País de pocos patrones y "peones de pata al suelo" es lo que Alsogaray quiere.

Una población rica implica una fuerte demanda interna, y sobre la base de esa demanda interna se crean nuevas formas de producción, que se desarrolla a expensas del mercado interno hasta que han adquirido su plena capacidad, y están en condiciones de salir a la conquista de otros mercados. La subversión de las ideas básicas explica que se haga necesario desarrollar estos conceptos elementales.

Por fin, Jauretche hacía también una alusión a su método:

Habría en esto redundancia como en todos mis trabajos, pero conviene no olvidar que persigo un fin didáctico, por lo que hay que caer y volver a caer sobre lo mismo para compensar, con la reiteración, el ocultamiento de las verdades que se dicen, de que se ocupa el mecanismo de la publicidad, que a falta de elementos de convicción utiliza su difusión masiva y continuada para la deformación del pensamiento argentino, cultivando memorias y olvidos maliciosos.

Y rematará su anatema publicado bajo el título "Retorno al coloniaje", con una impresionante exhortación:

Bajo el falso pretexto de una crisis económica sin precedentes, está por consumarse la gran estafa a los intereses y a las aspiraciones de la nacionalidad. Ha llegado la hora en que, por encima de los transitorios rencores internos, cada argentino asuma la responsabilidad que le compete...

En la reforma económica está el secreto de nuestro porvenir libre o esclavo, del bienestar o de las penurias de los argentinos y del juicio definitivo que la historia formulará sobre los hombres y las instituciones que asumieron la responsabilidad de mandar en esta tierra

La resistencia y el General Valle

Enrique Arrosagaray

INDICE

17 de octubre de 1955

La Huelga Revolucionaria

Los pasos del general Valle

La casa

El estado mayor revolucionario

17 de octubre de 1955

Apenas un mes después del golpe del '55 se cumplía un nuevo aniversario de la histórica jornada del 17 de octubre del '45. Para colmo era un aniversario redondo, se cumplía la primera década. Se temían por lo tanto, intentos de festejos en distintos puntos del país. Entre ellos en Avellaneda. Cómo no iba a ser previsible algún tipo de acto o manifestación en Avellaneda si según se decía, Avellaneda era la cuna del peronismo. Era una preocupación dictatorial no vana.

El 3 de octubre habían decidido deshacerse del intendente constitucional, José Laurentino García; Pepe García, tal como es recordado por los resistentes; fecha en la que designan al mayor Raúl Rojo.

Una de las medidas que toma un sector de la dictadura de entonces en esa coyuntura fue secuestrar a Federico Durruty, operación ejecutada por un comando de la Marina, según precisa la víctima. Durruty fue citado por un comisario amigo a su despacho porque gente de La Plata quería hablar con él. La cosa no le olía bien pero ante la insistencia de su amigo, y siendo hasta hacía pocos días senador, además de secretario de la filial de la C.G.T., se sintió más o menos seguro y confió. Los hombres de La Plata le dijeron que debía acompañarlo a la capital provincial porque una autoridad quería hablar con él. Durruty dijo que no podría ir en ese momento porque tenía unos trámites que hace pero la sugerencia se transformó en una orden e inmediatamente, en un secuestro. "Me trasladan metido en un coche hasta un lugar que después supe que estaba en La Plata –cuenta Federico Durruty–. Me meten en el sótano de una casa y me dejan ahí. Fueron varios días, no me acuerdo. Pero no sé cómo es que el tema de mi desaparición trasciende y el propio Lonardi se pone a averiguar qué pasaba conmigo y exige que aparezca. De esto, claro, yo me enteré después. Entonces me sacan de aquella casa, me llevan en un coche y me meten en la Municipalidad de Avellaneda. De repente me encuentro delante del mayor Raúl Rojo, el hombre de «la libertadora» en Avellaneda, en su despacho. Rojo estaba hablando por teléfono cuando me metieron adentro. Estaba tenso..., ¿sabe con quién estaba hablando? Con el presidente. Le decía «¡¡sí, sí, señor presidente; sí, sí señor presidente!!» De repente dice «espere que lo tengo acá delante mío»; tapa el teléfono con la mano, me mira y me pregunta «¿lo golpearon?»; yo le dije la verdad, que no; «¡¡No, no, él dice que no lo golpearon!!» le dijo al presidente. Hablaron un par de minutos más y colgó. Se presentó como mayor del ejército y como intendente y me mandó a mi casa, siempre

custodiado; hizo que me bañara, que me cambiara porque yo estaba con una grela increíble, y me llevaron de nuevo al despacho de la intendencia, ahí en Mitre. Otra vez frente a Rojo”.

En esa reunión el mayor Rojo le propuso que siga encabezando la C.G.T. regional como siempre, que no se haga problema, que todo estaba bien, pero eso sí, que no hicieran barbaridades el inminente 17 de octubre. “«Mire –me dijo–, se lo pido como argentino; no hagan desmanes ese día; por favor se lo pido: sin desmanes». Yo le dije que estaba bien, que no se hiciera problemas, que no íbamos a hacer nada. Le mentía, claro, nosotros queríamos hacer el quilombo del siglo, pero qué le iba a decir a él. Quedé con Rojo que en la próxima reunión de secretarios generales que tenía que hacerse inmediatamente, yo iba a encaminar todo para que no pasara nada en Avellaneda”.

Durruty se fue tranquilo del legendario despacho de Barceló, y Rojo se quedó más o menos conforme.

Ese mismo día Durruty citó a sus más íntimos colaboradores de la regional y les contó sobre las presiones del mayor Rojo. También les dijo que citaran inmediatamente a todos los secretarios generales de las filiales gremiales regionales de Avellaneda y Lanús para hacer un plenario, y que le dejaran claro a cada uno en primer lugar, que el plenario iba a ser controlado por los servicios de inteligencia; segundo, que nadie dijera nada ya que el único orador iba a ser él; y tercero, que sus directivas verdaderas iban a ser todo lo contrario de lo que dijera en su discurso. La reunión se realizó en la sede cegetista regional, en la calle 25 de mayo 388; una casa tipo chorizo en donde funcionaba un sindicato en cada pieza. Durruty tomó la palabra y dejó caer un discurso inédito en su historia. Dijo que ellos eran dirigentes obreros y no dirigentes políticos. Que festejar o no el 17 de Octubre era una polémica política y que ellos no tenían que ser usados en ese tema. Y que para hacer efectiva esa actitud debían asumir la responsabilidad del momento y hacer que todos los trabajadores fueran a trabajar como siempre, para no dejarse usar por los politiqueros de siempre.

Los secretarios generales se retiraron tranquilos y los tiras presentes –o mejor dicho, los hombres de los servicios de inteligencia– les llevaron el informa a Rojo inmediatamente. No sabía que la movilización ya estaba en marcha.

“Pero para mí fue un despelote porque Rojo me volvió a citar para integrar un comando para ese día y me tuve que presentar en su despacho, ese mismo día 17 de Octubre y desde temprano... Habían montado un operativo del diablo ¡¡Hasta un tanque Sherman habían mandado para la textil Masllorens!! Al despacho de Rojo empezaron a llegar informaciones que indicaban que se iniciaban quilombos por todos lados, abandonos de fábricas, movimientos, concentraciones, manifestaciones. El milico no entendía nada. Entonces, como yo quería irme, me vinieron bien esas informaciones y le inventé algo: le dije que yo, ahí encerrado, no servía para nada, que yo le podía servir si estaba en la calle. Esto lo convenció a Rojo cuando empezó a recibir más información todavía de las movilizaciones por todos lados a pesar de que me tenía a mi, ahí, desconectado de la gente. Entonces me largó a la calle para que le

frenara el despelote. Por supuesto que me fui volando para donde yo ya sabía que iban a estar los dirigentes, en Lanús, y me metí en un camión con megáfono a la cabeza de la columna que venía marchando por Pavón hacia Avellaneda. ¡Agitando ahí, con el micrófono!”

El asunto fue que la movilización obrera se concretó y fue numéricamente importante- Los obreros de Avellaneda y de Lanús demostraron así que deseaban conmemorar; aún bajo una dictadura; una fecha tan significativa. Pero a la altura de la avenida Pavón al mil quinientos los manifestantes se encontraron con que las fuerzas represivas; incluido personal del ejército; les cortaban el avance. “... Es que habían armado un cordón a la altura de Papini (la actual empresa Crislalux) que era terrible, con tanquetas, ametralladoras, ¡hasta morteros tenían entonces, cuando vi que la cosa ya no daba para más porque iban a empezar a tirar, di la orden por el megáfono para que todos se vayan por las calles laterales porque nos iban a reventar. ¡El objetivo nuestro ya estaba cumplido! ¿Sabe qué hice yo?..., me fui para el despacho de Rojo, me presenté y le dije que hiciera conmigo lo que quisiera, que me daba cuenta que ya no era más dirigente, que ya nadie me hacía caso”.

Pero tremendo despliegue de ejército a esa altura de Pavón tuvo también otro objetivo: penetrar, una vez más como fuerza de ocupación; la planta industrial de esa firma, amedrentar a los trabajadores en general y castigar especialmente a sus dirigentes.

La comisión interna obrera de esa empresa; que tenía bajo su dirección a tres mil trabajadores; estaba encabezada por Antonio Kadela, un persistente peronista. Adentro, se estaba discutiendo abandonar la planta y tal vez ya se estaba comenzando a tomar tal actitud, cuando el ejército se metió por patios, pasillos y secciones, ubicó a los delegados y de entre ellos, individualizó a Kadela. A todos ¡os intimidaron anuas en mano, los pusieron contra una pared, los insultaron, los vejaron, los maltrataron.

“Allí había tres milicos al frente –relata Kadela–, el teniente coronel Arbolella, el mayor Rojo y el capitán De la Serna. Me pusieron contra la pared con la punta de la balloneta en mi panza y ahí me preguntaban a lo loco, a los gritos, me amenazaban. Arbolella me decía, enloquecido: «¡¡Sabemos todo de vos!! ¡¡Tenemos todo!! ¡¡ Vos estás muerto!!»”. Pero había tanta gente alrededor dispuesta a pelear que los militares no pudieron avanzar más.

Esa noche la muchachada vinculada a Kadela salió a pintar; seguramente como numerosos grupos por todo el país; “...salimos con brea y llenamos las paredes con la V y con la P. ¡¡Ojo, eh!! ¡¡Esa noche empezó todo!! ¡¡Nosotros tuvimos un tiroteo tremendo por el lado de los siete puentes!!”.

Durruty, por su parte, quedó libre y siguió peleando de las formas que él sabía. Kadela, siempre resistiendo. El mayor Raúl Rojo fue reemplazado rápidamente, seguro que por no haber sido efectiva su manera de resolver el tema Avellaneda. El 2 de enero asumía Modesto Ferrer. Permanecería en ese cargo hasta el 31 de diciembre de 1957.

Arbolella continuó en busca de la revancha, pero la encontraría sólo para enfrentar una nueva derrota.

La Huelga Revolucionaria

En una de las primeras reuniones de los seis dirigentes de la C.G.T. regional –que reunía a los trabajadores de Avellaneda y Lanús–, resolvieron declarar la huelga general revolucionaria por tiempo indeterminado. Ni más ni menos. Pero claro, debían llevar el tema a la dirección nacional cegetista elegida semanas atrás.

La reunión se realizó en el edificio de la calle Azopardo y estaban presentes la comisión directiva nacional en pleno y delegados de numerosos gremios. Tomaron la palabra varios de los representantes de Avellaneda y largaron la propuesta de la huelga. “Me dejaron el clima calentito a mí –describe Durruty– y tomé la palabra. Entonces dije que con o sin el acompañamiento de la dirección nacional de la C.G.T., nosotros declararíamos la huelga revolucionaria por tiempo indeterminado... ¡¡Estalló todo!!, ¿se imagina?, y lo primero que hizo Framini –secretario general– fue pararse e irse diciendo que había terminado la reunión. Así nomás, que había terminado la reunión. ¡Nadie entendía nada...!”

La plana mayor de la dirigencia se reunió inmediatamente en una habitación interna y Durruty preguntó que por qué algunos habían abandonado el salón, obteniendo de Framini un reproche claro como el agua: ¿cómo iba a declarar una medida de fuerza de esa magnitud sin charlar nada antes con la dirección nacional? Durruty se quedó mudo. Framini tenía razón. “«Y encima decís que con o sin la dirección de la C.G.T. te lanzás a la huelga revolucionaria... ¿cómo nos dejás a nosotros? ¿no te das cuenta que estás desconociendo completamente a esta dirección? ¿para qué fue elegida entonces hace unos días?...», me dijo Andrés, Por suerte me di cuenta rápido que Andrés tenía razón, «¡Está bien Andrés, tenés razón, perdoname!...; ¡pero la huelga hay que hacerla! Te propongo esto: volvamos al salón, yo pido disculpas por el error que cometí y vos tomá como propia nuestra propuesta»”. Así se hizo y esta huelga general revolucionaria por tiempo indeterminado fue aprobada.

Sólo hubo una propuesta para una modificación. “La hizo el compañero Santín. Propuso que la huelga fuera por una cantidad de días fijos y no por tiempo indeterminado porque si no, se iba a desgastar e íbamos a perder...; yo le salí con alguna barbaridad y el pobre Santín tuvo que guardarse la propuesta en el bolsillo. Debo reconocer que a los dos días le estaba dando la razón a Santín”.

Esta huelga se desarrolló exactamente en los días del golpe palaciego que destronó a Lonardi. Es decir a partir del 14 de noviembre. “La huelga general fue un éxito –recuerda Durruty–; tanto que nosotros mismos, desde la dirección del movimiento, quedamos desconectados de los compañeros de todo el país; eso fue desastrozo para nosotros. La dictadura apretó, encarceló, amenazó y empezó a propagandizar por la radio, por todos lados, que la huelga había fracasado y que la gente estaba entrando a trabajar en todas las ciudades. Esto nos debilitó muchísimo. En ese mismo momento nos intervienen la C.G.T.”, cosa que ocurre el 16 de noviembre del '55. La intervención fue encarnada por un hombre de la marina, el entonces capitán de fragata Alberto

Patrón Laplacette.

“De verdad que la huelga fue un éxito –recuerda Antonio Kadela, que la vivió desde su puesto de dirigente gremial del vidrio–. ¡Era una huelga revolucionaria! Eso sí, la represión era terrible. Me acuerdo que los milicos tenían el comando instalado en la cancha de Racing. Cargaban presos en manadas y los llevaban ahí. Pero la gente acató, estaba en la calle, quería pelear... Sabe que yo siempre me moví en bicicleta; era conocido de lejos porque siempre andaba en bicicleta y con una camperita de gamuza; ese día, desde la madrugada venía recorriendo todos los rincones de Avellaneda y a eso de las siete de la mañana venía por Pavón llegando a mi fábrica. ¿Sabe lo que era Pavón por esa zona? Un Panzer, un carrier con la ametralladora arriba ¿vio?, jeep's, camiones y tropa ¡un despliegue! Yo iba con la bicicleta dando directivas a los grupos de obreros que estaban en los alrededores. Mucho después supe que me estaban vigilando con largavistas desde el techo de la fábrica...”. En determinado momento Kadela se detuvo a hablar con un grupo en Pavón y Cabildo. Allí lo sorprendió un comando militar encabezado por su amigo, el oficial Arbolella, quien pistola 45 en mano venía en el estribo de una camioneta, apuntándolo desde la distancia. “«¡Párate o te bajo!», me gritó. Y yo paré. ¡¿Qué iba a hacer?!” Con las manos en la nuca y rodeado con motos y hasta por un semioruga, lo llevaron caminando hasta el frente de la fábrica. Lo ubicaron contra el paredón y prepararon un grupo insinuando un pelotón de fusilamiento. Pero había mucha gente alrededor, gritos, insultos para con los militares, había una sensación verdadera de huelga revolucionaria. “Al lado mío, contra el paredón, tenían también a otros obreros, como a Leiva, a Ledesma; también estaba otro compañero flaco, que había sido boxeador pero no me acuerdo el nombre...; en determinado momento viene el oficial, me grita desaforado y me tira un cachetazo. Yo le agarro el brazo y se lo enrosco en su propio cuerpo. Me cubro con él y me meto en la fábrica, por el tarjetero...; cuando pude se lo tiré encima a otro milico que estaba de guardia y yo rajé como loco, salté por un sector que yo conocía, por atrás, y me escapé... Todavía no sé cómo me salvé de esa. Pero no fue la única”.

Poco después de finalizada la huelga revolucionaria, los trabajadores comandados por Kadela retomaron sus tareas habituales en la planta Cristalux. Ese día o al otro, nuevamente el ejército penetró al mando del mayor Rojo. Ubican a los dirigentes y los tapan de improperios. Repentinamente, el mayor Rojo, irritadísimo, aísla a Kadela, lo encierra en una dependencia y lo amenaza una vez más de muerte. Pero no sólo eso sino que haciendo gala de la impertinencia más grosera “... me dice: «¡yo meé sobre el cajón de Evita en la C. G.T.!!» ¡¡Para qué... !; le dije de todo, «¡Usted es indigno de llevar el uniforme del ejército argentino!; ¡Nosotros le pagamos esa ropa que lleva! ¡Déme una pistola y una bala y nos batimos a duelo ahora mismo!»; no sé por qué le hablé de una pistola –se confiesa casi inocentemente Kadela– porque yo nunca había manejado una. Revolver sí, pero pistola ni ¡dea. ¡Entonces me empezaron a dar una de golpes! ¡Terrible! Pero se dio la casualidad que la banderola estaba abierta y los muchachos, afuera, escucharon que yo resistía. Eso sirvió. Las últimas palabras de Rojo fueron «¡en donde te encuentre la próxima vez, te mato!»”.

Los pasos del general Valle

El levantamiento dirigido por el general de división Juan José Valle estaba previsto para fines de mayo del '56 pero se postergó por lo menos dos veces.

Seguramente los primeros esbozos para su organización aparecieron apenas se produjo el golpe de septiembre del '55; pero las primeras conversaciones formales – según han contado algunos historiadores– se produjeron en la cárcel que Valle pudo elegir cuando la cúpula de la libertadora lo defenestró junto a cientos de oficiales y suboficiales.

Lo que se cuenta, es que cuando la libertadora se lo sacó del medio en el ejército a Valle, éste pudo optar por una relativa libertad; aunque al mismo tiempo era un relativo encarcelamiento: se comprometió a quedarse instalado –sin salir– en la quinta que tenían sus suegros en la localidad de General Rodríguez, en la zona oeste del Gran Buenos Aires. Se cuenta, insistimos, que en esa quinta comenzaron los primeros esbozos de las maquinaciones revolucionarias. Algunos investigadores de este tema afirman que Tanco lo visitaba frecuentemente y que de esas conversaciones salieron las primeras resoluciones... Pero esto no es así.

Entre las ratas

El ejército fue la fuerza armada que más entera se mantuvo ante la amenaza de golpe a Perón, al punto de permitirle al actual coronel César Camilo Arrechea afirmar que en los movimientos militares de aquellos días, se estaba a punto de sofocar el levantamiento del 16 de septiembre. Él personalmente comandó la columna que marchó desde La Tablada hasta las afueras de Puerto Belgrano. Una columna de 45 kilómetros de largo, poderosa pero sin armamento antiaéreo y con escaso material sanitario, falencias achacables, afirman, a las limitaciones que le impusieron sus superiores inmediatos. Debió soportar sanguinarios bombardeos todos los días y luego, un rayo sobre sus espaldas, o algo peor: la orden de retroceder cuando estaba en sus manos la derrota de los inminentes libertadores.

Arrechea fue inmediatamente transportado a Buenos Aires, sometido a interrogatorios y confinado a un barco “anclado en la rada, como a cuarenta kilómetros de Buenos Aires; era un barco que ya no navegaba más pero que servía como cárcel para nosotros. Era el «Washington»”, precisa el entonces teniente coronel.

“Era un barco todo de madera, viejo, que en cualquier momento se hundía. Eso sí, lleno de ratas. No sabe a la noche lo que era el ruido de las ratas caminando por entre los espacios de la madera... Los primeros quince días los pasé dentro de un camarote chiquito, todo cerrado y a oscuras. ¡No sabe el loquero que es eso! La comida me la traía un marinero que cada tanto, adentro del pan me metía algunos fósforos; una vez también me mandó un cigarrillo. A las dos semanas pude salir de ese encierro a oscuras, pero en el barco estuve hasta la segunda mitad de enero del '56..., ¡pero no estaba yo sólo, eh!”, aclara Arrechea, un oficial que a los 82 años parece estar, sin recortes, más allá de aquellos enfrentamientos.

Pasado aquel encierro a oscuras, Arrechea pudo acceder, como decíamos, al resto del barco. Supo así que había decenas de oficiales en igual situación. Ahí estaban los

tenientes coroneles Goulú y Ruchti, el general Fatigatti, el brigadier San Martín, otros generales de división como Valle y Tanco...

Un día de esos, mientras caminaba por el barco y siempre custodiado por gente de la Marina, se le acercó el general Fatigatti y “me dice: «Mire Arrechea, quiero comentarle algo ¿podemos ir a su camarote?» Le dije que sí, claro”. Ya en privado, Fatigatti les dijo a Arrechea y a Goulú, que los generales ahí detenidos habían estado conversando y que habían coincidido en que cuando los pusieran en libertad –porque algún día iban a tener que soltarlos–, algo había que hacer contra esta gente que había usurpado el poder. Que habría que organizar un movimiento para derribarlos. “Me preguntó si estaba de acuerdo y le dije que sí, que yo me comprometía. Fue la única vez en mi vida que me comprometí a una revolución. Goulú también estuvo de acuerdo ese día”. El general se fue entonces con aquel compromiso y les dijo: “¡Bueno, entonces va a venir a verlos el general Valle, personalmente!” En efecto, al rato Valle compartía con ellos un rato de charla y de planificación a grandes rasgos de lo que deberían hacer. “«Vea general», le dije a Valle, «cuente conmigo si es para derribar a esta gente»”.

El trabajo hacia el golpe contra la libertadora ya estaba iniciado, sobre el río y entre las ratas.

En la segunda quincena de enero un oficial de inteligencia de la libertadora se llegó hasta el Washington a conversar con varios oficiales presos. Les comunicó que existía la posibilidad de llevarlos a tierra y que ellos eligieran un lugar –un domicilio particular– en donde permanecer confinados, con el compromiso expreso de no abandonar ese lugar por ningún motivo.

Valle eligió estar en una casaquinta de sus suegros en la localidad de General Rodríguez, en la zona oeste del Gran Buenos Aires. No sabemos si hubo especificaciones precisas para él. En el caso de Arrechea, podría acogerse a ese beneficio, siempre y cuando eligiera un lugar de confinamiento a no menos de quinientos kilómetros de Buenos Aires y a no menos de cien kilómetros de una guarnición militar, “por eso le escribí a mi esposa y le propuse que busque alquilar alguna casita en Necochea. Esa ciudad se ajustaba a las condiciones porque la sede militar más cercana era la de Mar del Plata y estaba bien lejos de Buenos Aires. Mi mujer, con su sueldo de directora jubilada, mantenía a las nenas e hizo el esfuerzo y consiguió algo para alquilar, porque a mí no me pagaron un peso durante muchísimos meses”.

Arrechea se radicó entonces en Necochea. Toda su diversión era ir una vez a la semana al cine; con su esposa, que lo acompañó y apoyó toda la vida; que costaba nada más que cincuenta centavos. Su única propiedad era un cochecito importado, Mercedes Benz, muy bueno, que compró gracias a un precio muy bajo –sin impuestos–, ya que pertenecía a una partida que el propio Gobierno Nacional había recibido desde Alemania.

Este confinamiento de Arrechea tiene que haber sido similar al de otros muchos oficiales pero vaya éste como un ejemplo concreto.

“Hasta que a fines de abril –insiste Arrechea– escapé, en ómnibus, aprovechando un descuido del policía que tenía siempre en mi puerta, y marché para Buenos Aires”. Días antes, un oficial complotado que estaba con relativa libertad de movimiento, se llegó a Necochea a preguntarle si ratificaba su compromiso. Arrechea dijo que sí y quedó establecido el contacto. Un día de abril habló a un teléfono convenido y recibió la

orden de fugarse, pasar a la clandestinidad y llegarse a la Capital. Desde ese momento se ganó una orden de captura. Pero ya estaba bajo las órdenes del coronel Fernando González, jefe del Estado Mayor del levantamiento.

La casa

La calle Castelli, en pleno centro de Avellaneda, es brevísima. Sobre todo mirándola desde su nacimiento en la avenida Mitre, porque a poco más de cien metros se choca contra un terraplén que lleva en su lomo vías férreas. Vías casi en desuso porque se construyeron con el objetivo de unir a la Capital Federal con el extinto Mercado Central de Frutos, obra monumental de los ingleses a fines del siglo pasado y desmontado hace ya décadas. Del otro lado del terraplén, esa calle continúa con ese nombre pero ya es otra cosa porque pertenece a una barriada bastante desconectada del centro de la ciudad, a pesar de estar a pocos metros. Es el terraplén, justamente, el que provoca ese aislamiento. La calle tiene árboles espesos y predominan las casas relativamente antiguas. Cuando la numeración pasa el cien, parecería que los árboles hacen más densas sus copas y para ubicar el frente que lleva el número 127 hay que hacer un esfuerzo.

En esa casa estuvo escondido algunas jomadas el general de división Juan José Valle durante las semanas previas al levantamiento. Tiene que haber sido a mediados de mayo. En ese domicilio vivía la familia Rovira. El dueño de casa, Carlos Alberto Rovira, era quien «guardaba» al general.

Durante muchos años –desde 1943 y hasta 1977–, los Rovira vivieron en aquella casa de la calle Castelli. La alquilaban. Si bien la casa aparenta amplitud vista desde afuera, por sus muchos metros de frente y porque es de dos plantas, digamos en primer lugar que los Rovira alquilaban sólo la planta alta. Digamos también que la parte construida es poco profunda y todos los ambientes dan a la calle, salvo el dormitorio más pequeño.

Como una singular paradoja contamos que en la planta baja de esta propiedad vivía la familia Dufou; de larga tradición radical; cuya hija, Graciela, descuella en el ambiente artístico y es conocida públicamente por su simpatía aún hoy hacia el radicalismo.

Al departamento de los Rovira se llegaba por una escalera desde la planta baja, accediéndose a un pequeño living. En ese living había dos puertas, una hacia el este; es decir hacia el fondo de la calle; que comunicaba con un comedor, luego con una pequeña antecocina y enseguida, la cocina. Más allá un patiecito triangular que terminaba en un vértice que apuntaba al terraplén. La otra puerta del living; hacia el sur; conectaba a un pasillo que en primer lugar comunicaba con el baño; siguiendo el pasillo se llegaba a un dormitorio pequeño primero y a otro más grande después, con ventana a la calle.

En esta casa vivió la esposa del general Valle, Dora Prieto y la hija de ambos, Susana, que tenía en aquellos días 19 años.

Algunos de esos días también los pasó el propio general. “Valle estaba sobre todo en el dormitorio grande; casi no salía de ahí, salvo para las reuniones, que siempre se hacían en el comedor, o para salir a la calle –cuenta Mabel la hija mayor de los dueños de casa– por alguna reunión que tendría afuera. Trataba de no despertar ningún tipo de sospecha. Nosotros tratábamos de mantener el movimiento de la casa lo más normal posible pero en el barrio nos tenían marcados como peronistas”. “Y ser tildado de peronista –cuenta ahora su hermana, Edith– era lo mismo en esa época que tener lepra”.

Todo indica que varias de las reuniones de la jefatura del movimiento se realizaron en esa casa. Nunca fueron reuniones grandes. Cuatro o cinco personas y siempre en el comedor.

Edith recuerda varias caras pero pocos nombres. Por el tiempo transcurrido y porque casi siempre usaban seudónimos o porque directamente, no se mencionaban los nombres. Recuerda sí, con espontaneidad, a un hombre “...que me enseñó a jugar a las cartas para que no me aburriera y seguramente lo hacía mientras esperaba algo de Valle o de mi padre, no sé. Era hábil con las cartas y me acuerdo bien porque las mezclaba haciendo como malabarismos con las manos y con el mazo”. Con el tiempo supo que ese hombre cariñoso; porque la mayoría eran serios y estaban nada más que el tiempo necesario; era un coronel del ejército, apenas retirado, llamado Alcibíades Eduardo Cortines. Jamás imaginó en aquellos días de niñez que su maestro de barajas sería fusilado muy pronto.

También recuerda que allí estuvo Tanco, Cogorno y seguramente algunos más, pero no demasiados.

La vida diaria en la casa de la calle Castelli intentaba ser normal. Los Rovira había cedido el dormitorio grande al matrimonio Valle mientras ellos se las arreglaban en el otro cuarto mas chico. “Valle era un hombre alto, buen mozo, atento y agradable. Muy serio y medido, de pocas palabras. Muy milico –intenta redondear Mabel Rovira–. Eso sí, muy afectivo con su hija, muy afectivo. Yo con Susanita andaba mucho en esos días; pero la única salida que hacíamos era ir hasta la casa de mi tía, sobre la calle Ameghino. Eso sí, salíamos de noche nada más y por un rato”.

“A Dorita Prieto yo la conocía de antes, porque era del barrio, acá del centro de Avellaneda. Vivía en la calle Alsina y venía a mi negocio. Yo tenía una corsetería en Mitre al 600, a media cuadra de la Plaza –relata Aída Alliegro viuda de Rovira, quien ya cuenta con 82 años pero llevados con una prestancia formidable–. Además, yo estoy también emparentada con los Prieto, por eso con el general Valle eramos medio parientes...; también por esto Valle confió en mi casa cuando tuvo que vivir en la clandestinidad”. Aquella, Dora Prieto, tenía un primo hermano llamado Raúl Prieto casado con una hermana de Carlos Rovira, de nombre Margarita.

Doña Aída relata entonces que Valle, en su ir y venir de casa en casa, había ido a parar una noche al domicilio de unos parientes de su esposa, de apellido Prieto, que tenían un departamento en avenida Mitre 1236. Era el último de la planta baja y estaba al

fondo de un largo pasillo. Pero resultó que el dueño de casa, Eduardo, estaba enloquecido de miedo. Entonces Valle se trasladó a la vuelta, a la casa alquilada de los Rovira.

“¿Si lo conocía a Valle desde antes de tenerlo en mi casa? Sí, claro, había estado en una reunión ahí, en la casa de Eduardo Prieto. Me acuerdo que ese día la hermana de mi cuñado, que era docente, le preguntó preocupada «¿y general, cuándo lo traen a Perón?» Y él le dijo: «...pronto, pronto, pero primero tenemos que arreglar algunas cosas acá. Yo quiero que esté todo tranquilo y después lo traemos». ¡¡Como yo sabía esto, siempre me dio tanta rabia escuchar a esos que decían que Valle quería el gobierno para sí mismo!!... ¿Sabe quién estaba en esa cena aquel día?: el matrimonio Ostolaza –cuenta la señora de Rovira, iluminándosele la cara ante la sorpresa de su memoria, y agrega en voz baja, como manteniendo el secreto–. En su casa, el matrimonio Ostolaza tenía guardado el traje militar, de gala, que iba a ponerse Valle cuando apareciera encabezando el levantamiento”.

Vinieron entonces los días de estadía en la casa de la calle Castelli. El ama de casa de aquel entonces, dona Aída coincide en general con el recuerdo de sus hijas: “El general Valle era atento, fino, muy educado, pero aparte –se esfuerza la señora Aída de Rovira intentando buscar con las palabras algo más que le falta a su descripción–, era muy centrado, eso: muy centrado. ¡¡Estoy segura que nunca pensó que iban a fusilar así...!! ¡Dígame! –pregunta indignada Doña Aída con las certezas de quien tiene la razón absoluta–: ¿Cuántos levantamientos militares hubo en nuestro país? ¡¿Muchos, no?! ¡Y nunca fusilaron a nadie! ¡¿Por qué hicieron eso, entonces, con Valle y su gente?! ¡¿Por qué hirieron esa locura?!”

Aída de Rovira recuerda que los días que dio hospedaje –y por lo tanto puso en juego su propio cuello– al general Valle, a su esposa y a su hija, fueron de mucha tensión. “De cualquier manera él se veía tranquilo, bastante normal; eso sí, yo creo que nunca salió a la calle; es más, nunca lo vi con un arma. Supongo ahora, pensando, que tendría alguna por ahí, pero nunca mostró nada... La noche que se fue; dejando en mi casa a las dos mujeres; hacía un frío de perros, pleno invierno. Entonces mi esposo le ofreció un sobretodo verdedito que se había comprado hacía poco. ¡Porque Valle no tenía más que lo puesto! ¡Nada más tenía!; Valle se lo rechazó pero tanto le insistió mi marido que al fin de cuentas se lo puso y se fue, por lo menos, abrigado. Después me contaron; no sé quién ni cuándo –relata Aída con indisimulable congoja–; que al general Valle lo fusilaron a los pocos días con ese sobretodo puesto”.

Esta memoriosa mujer de más de ocho décadas recuerda incluso, que por su casa estuvieron también algunos ratos, en reuniones, tanto el general de división Tanco como el teniente coronel Cogomo; “...y también otras personas pero pasó tanto tiempo ya que no me acuerdo de los nombres, aunque... ¿Te acordás Mabel de quien venía también bastante por casa? –le dice a su hija obligándola a pensar–: el «negrito» Macedo, que era del gremio de la carne. Vivía acá cerca el «negrito». Él también estaba en el asunto... Ah, también estuvo aquél... Pablo Vicente se llamaba ¿no, nena?”.

El estado mayor revolucionario

No tenemos un listado completo y preciso de los hombres que conformaban el Estado Mayor revolucionario. No hemos visto tampoco que esta nómina haya sido presentada en algún otro trabajo histórico o literario sobre este tema.

De cualquier forma nosotros podemos acercarnos mucho en la descripción de este organismo, gracias a las charlas realizadas con numerosos hombres de este Movimiento, en general, y al relato y a las apreciaciones muy específicas y claras –que agradecemos especialmente– del coronel César Arrechea.

De acuerdo a ello, decimos que el Jefe de este Estado Mayor era el coronel Fernando González; el teniente coronel Oscar Cogorno era el jefe de operaciones; el capitán de navío Ricardo Anzorena era el asesor político; el capitán Jorge Miguel Costales era el encargado de la inteligencia; además, lo integraban con seguridad los coroneles Alcibíades Eduardo Cortines y Ricardo Salomón Ibazeta.

Los mencionados fueron con certeza, miembros del Estado Mayor. Por sentido común, decimos que también lo sería el coronel Berazay. Suponemos, con menos certeza, que lo integrarían también Philippeaux y Prats. Por último, suponemos que no habrían estado en él, hombres como Franco, Cano, Caro, entre otros.

“Por supuesto que los generales Valle y Tanco eran los jefes del levantamiento, pero estaban escondidos constantemente”, agrega Arrechea, un poco para explicar por qué no los nombra dentro del Estado Mayor con funciones específicas.

¿Quiénes eran estos hombres? ¿Qué trayectoria tenían? ¿De donde habían salido? Algunas cosas podemos decir.

Los hombres

El general de división Juan José Valle era un hombre porteño que había nacido el 15 de marzo de 1904. Era hijo de otro Juan José y de María Ordoqui.

Se recibió de subteniente el 22 de diciembre de 1922. Se casó en Avellaneda –más precisamente en el Registro Civil de Sarandí– el 16 de octubre de 1935, con una muchacha de veinte años nacida en esta ciudad el 1° de septiembre de 1915; se llamó, como contamos, Dora Cristina Prieto.

Dora era hija de uno de los dirigentes conservadores más importantes de esta ciudad, Eloy Máximo Prieto, una de las manos derechas de Don Alberto. Sin duda que por ello, uno de sus testigos de casamiento fue el legendario Alberto Barceló. Quien los casó –el jefe del registro– era otro poseedor de un apellido de larga prosapia conservadora: Joaquín Lacambra (hijo). A modo de curiosidad, decimos que para ese acto, el entonces capitán Valle dio como su domicilio particular, el de la calle Güemes 102. Su esposa vivía en Alsina 136, antigua residencia de la familia Prieto.

Tuvieron una única hija, Susana Cristina, el 26 de noviembre de 1936. El primer domicilio de esta pareja y también de Susanita –según el legajo del militar–, es el de Alsina 136, del municipio mencionado. Ahora, lo único que queda de esta casa es su frente, porque adentro fue arrasado para uso como estacionamiento. Queda un frente aristocrático, con una puerta de rejas trabajadas, a la izquierda; y un portón de dos hojas a la derecha, también de rejas, que otrora habrá, dado acceso a carruajes elegantes; arriba, una ventana con persiana y algunas molduras artísticas. Nada más.

Su historia militar está llena de elogios –reflejados en su legajo– porque cursa su época de cadete con muy buenas notas; y ya como oficial, se destaca siempre.

El general Franklin Lucero dejará escrito años después, en octubre de 1952, en un informe que lleva su firma, que Valle: “Como Director General de Ingenieros desplegó una actividad incansable, desarrolló iniciativas útiles, entre ellas la de la creación de las inspecciones regionales, metodizó el trabajo de la gran repartición...”; elogios y más elogios.

Hay también informes positivos firmados por el general Emilio Forcher y por otros conocidos jefes y oficiales de la época.

Es recordado además como un deportista destacado. Fubtolista y basquetbolista. Era socio de Racing e hincha. Alguna vez fue visto dirigiendo un equipo de basquet de Racing, en un encuentro amistoso contra otro del Colegio San Martín, en Avellaneda. Era un apasionado por el deporte a tal punto, que una vez le dio de baja a un soldado cuando se enteró que jugaba en la primera de Racing, para que pudiera entrenar tranquilo. Este ex-jugador beneficiado por Valle, vive en la actualidad frente a la descripta casa de los Rovira. Hoy es un hombre viejo pero recuerda muy bien al oficial.

Un hecho muy sugestivo se produce en su vida de oficial: el 6 de junio de 1945 –y según el Informe Anual de Calificaciones, de carácter Reservado– lo juzga el Consejo Supremo de Guerra y Marina, castigándolo con 180 días de arresto por “...no dar cuenta a la superioridad de la proposición y conspiración para el delito de rebelión del que tenía conocimiento”. Este hecho, si hubiera continuado el predominio del antiperonismo en el ejército, hubiera terminado con su carrera. Pero su legajo indica que ese castigo le fue conmutado el 19 de noviembre de ese año. Así que el cartelón en rojo con la leyenda Aplazado en Conducta; ¡verdaderamente insultante para un oficial!, dejó su lugar a nuevos elogios, felicitaciones y sobresalientes a partir de esa conmutación. En la evaluación siguiente sacará un Distinguido en Conducta.

Inmediatamente pasa a la Dirección General de Fabricaciones Militares en donde permanecerá hasta julio del '47.

Cuando lo asesinaron, su domicilio formal era en la calle Lafinur 3325, Capital; es decir, a apenas ocho cuerdas de su patíbulo, la llamada Cárcel de Las Heras o más formalmente Penitenciaría Nacional, con frente sobre la avenida del mismo nombre, bajo el número 3400.

El general de división Raúl Tanco se recibió de subteniente en 1924. En diciembre de 1954 ascendía a su último grado después de treinta años de intensa actividad. Había nacido el 4 de marzo de 1905 en el Partido 9 de Julio, en el centro de la Provincia de Buenos Aires. En su carrera se encontró con algunos castigos y días de arresto, pero de menor importancia. Sus padres fueron Delfín Tanco, que era comerciante y Elisa Sucsemihl, su madre. Sus hijos fueron Raúl Oscar, Carlos Raúl y Héctor Raúl. Se casó con Hydée Elvira Paz Martín, el 17 de octubre de 1929.

Siendo teniente coronel tuvo un destino diplomático: fue agregado militar en México. Posteriormente sus destinos se repartieron, sobre todo, por la mesopotamia argentina.

Fallecerá en 1977.

El coronel Fernando Santiago González nació en Buenos Aires el 16 de diciembre de 1908.

Se recibió de subteniente en diciembre de 1929. Era hombre de infantería y como oficial de esa especialidad recorrió varios regimientos del arma. Tal vez el destino más interesante que tuvo fue el de director de la Escuela de Suboficiales «Sargento Cabral» cuando comenzaba la década del '50 y lo ascendían a coronel.

Le dieron el retiro obligatorio el 27 de enero de 1956. Para entonces vivía en la calle Marcelo T. de Alvear 548.

En 1973 fue ascendido por decreto –como otros muchos oficiales y suboficiales– al grado inmediatamente superior. Falleció siendo, entonces, general de brigada.

El teniente coronel de infantería Oscar Cogorno nació el 19 de junio de 1915. Se casó con Sara Méndez y tuvo con ella tres hijos varones Oscar, Guillermo y Ricardo; y una muchacha a la que llamaron Sara.

Se recibió de subteniente en 1938. Tiene destinos en Santa Fe, El Palomar, Córdoba, Buenos Aires y Bahía Blanca.

Sin duda que su destino en el Regimiento de Infantería 7 «Coronel Conde» en la ciudad de La Plata, como jefe de una de sus compañías, le sirvió para facilitarle su papel en junio del '56.

En 1954 es ascendido a teniente coronel y en su legajo no se registran sanciones. Como a casi todos, en diciembre del '55 lo colocan en disponibilidad. Y en febrero del '56 le imponen el retiro obligatorio.

El capitán Jorge Miguel Costales había nacido el 19 de octubre de 1921. Era hijo de Manuel Costales y de Dora Frade.

Se recibe de subteniente en diciembre de 1943. Era flaco para el metro setenta que medía. Vivía en la calle Miller 2392. Se casó con Elvira Albino.

Cuando en marzo de 1949 asciende a teniente primero, se produce un giro muy especial en su carrera: ingresa a la Escuela de Informaciones del Ejército.

El mayor Antonio Mutone, director de esa escuela, dirá de él en octubre del '50: “Como alumno del II Curso, ha evidenciado poseer condiciones intelectuales para el análisis, por lo que se prevé un excelente desempeño como oficial de informaciones”.

El mayor Héctor Cabanillas ya había percibido en él en diciembre del '49: “Demuestra verdadera dedicación al estudio y una firme vocación por la especialidad”. Tenían razón.

En esta Escuela de Informaciones cursó materias tan interesantes como Comunicaciones; Criptografía; Fotografía; Geopolítica; Información Militar; Organización; Sabotaje y contrasabotaje; Psicología; Búsqueda y seguridad; Interpretación aerofotográfica; Contrainformación, etc.

Pero sus inclinaciones políticas estaban claras para los mandos libertadores posteriores a septiembre del '55; por eso el 5 de octubre lo ponen en disponibilidad y el 17 de febrero del '56 le dan el retiro efectivo obligatorio. A la calle.

El 22 de septiembre de 1908 nació Alcibíades Eduardo Cortines en la provincia de Jujuy. Su padre se llamaba Evaristo y su madre era Isabel Portal. Se casó con Nélida Esther Tojo y con ella tuvo tres hijos, dos mujeres y un varón.

Cuando estudiaba para oficial, lo castigaron con 45 días de arresto por pedir una goma a un compañero durante un examen de historia. Pensaron que se estaba copiando. Le pusieron un cartelón calificándolo como mal alumno.

De verdad tuvo problemas para avanzar en su carrera. A tal punto que en 1927 le dan de baja. Pero por su persistencia y según algunos de sus superiores “por su alta vocación militar” lo vuelven a admitir y termina por fin su carrera.

Recibió varios castigos con arresto. Uno de ellos –en julio de 1933– por no actuar en previsión de disturbios callejeros. ¿Tal vez no habría querido reprimir? Al año siguiente otro arresto por no abonar la cuota de socio al casino de oficiales dentro del plazo establecido. Ridículo.

El 13 de octubre de 1955 él mismo pide su retiro del ejército. Es uno de los poquísimos casos en toda la oficialidad de la época.

En el '56 no tendrá dudas en actuar en favor del pueblo. La libertadora tampoco dudará en balearle la cabeza y el tórax, como dice su partida de defunción, fechada en Bella Vista.

El salteño Ricardo Salomón Ibazeta era hijo de la argentina Amalia Michel y de Ricardo. Nació el 8 de marzo de 1911 y se casó el 21 de diciembre de 1936; previo permiso de la superioridad; con Susana Pérez. Se pasó casi toda su vida de oficial en Campo de Mayo –en caballería–. El '45 lo encuentra como profesor en el Colegio Militar de la Nación. Es uno de los pocos oficiales de este grupo revolucionario que tiene en su legajo numerosos castigos con sus correspondientes días de arresto.

En su segundo año como cadete le dan 20 días de arresto por sentarse mal en una clase de química; y así hasta aún siendo teniente coronel. Era, al parecer, un hombre que no se ajustaba a las normas tan estrictas –ridículamente rígidas dicen algunos– del ejército y de alguna forma resistía. Era también un oficial muy querido por la suboficialidad de Campo de Mayo. En diciembre del '54 es ascendido a coronel pero el 10 de febrero del '56 le imponen el retiro efectivo obligatorio.

Sus últimos tiempos de legalidad los vivió en la calle Aráoz 2072, Capital. Tenía 45 años cuando –como dice su partida de defunción– falleció por heridas de bala en cabeza y tórax.

El coronel José Albino Irigoyen era uno de los pocos oficiales de alto grado que estaba en actividad aquella noche del 9 de junio. Otra particularidad: era oriundo de una barriada históricamente pobre, como es la de San Justo, en La Matanza. Si lo es en el presente, cómo sería aquel 5 de febrero de 1913 cuando la española Elvira Rodríguez

Pinto, ya de 30 años, dio a luz al futuro oficial, haciéndolo padre a su esposo Miguel Irigoyen.

Al principio de la década del '30 está estudiando para oficial y sus jefes dejan escrito informes poco halagüeños: "Retraído, poco vivaz. Es un cadete tímido. Debe adquirir energía. Buen jinete y gimnasia. Tiene poca preparación inicial y en general, sus condiciones intelectuales son apenas suficientes".

De cualquier forma avanza y se recibe. En corto tiempo es especialista en comunicaciones. Trabaja en la Escuela de Comunicaciones de Campo de Mayo y se desempeña como profesor de esta especialidad, además de dar clases en materias como electricidad y motores.

A pesar de este crecimiento en su formación, no dejan de aperecer juicios críticos a su personalidad: "Este oficial –deja escrito el capitán Ahrens en noviembre del '41– a pesar de haber trabajado con dedicación, ha desmejorado apreciablemente en el rendimiento de sus estudios".

Sin embargo, en el '44 se recibe de ingeniero militar. En el '45 pide ser trasladado a alguna guarnición con mando de tropa.

En 1954 pasa a revistar en el Comando General de Defensa Antiaérea y en diciembre del '55 –siempre en la función citada– es ascendido a coronel. No sabían, claro, que ya estaba conspirando. Su gran experiencia en comunicaciones, no hacen extrañar su tarea de montar la radio por la que el general Valle lanzaría la proclama a la población.

Mártires y verdugos

Salvador Ferla

INDICE

Tiranía en nombre de la libertad

La reacción peronista

El movimiento de recuperación nacional

Tiranía en nombre de la libertad

Está probado por la experiencia que el despotismo no es particularidad de determinada ideología ni de ningún sistema de gobierno, sino que puede ejercerse con cualquier régimen y en nombre de cualquier principio, sea éste político, filosófico, moral o religioso. Se puede tiranizar en nombre de la monarquía o de la república, de la revolución o del orden, de Dios o del ateísmo, del socialismo o de la democracia. La revolución francesa lo hacía en nombre de la fraternidad; Hitler en el de la Nación y la Raza. Cualquier idea consagrada en mito, elevada a la categoría de verdad absoluta, es capaz de convertirse en fuente inagotable de despotismo. No obstante, siempre nos resultará curioso y extraño ver ejercer la tiranía en nombre de la libertad.

La República Argentina, que jamás sufrió la humillación de una invasión extranjera, siente desde setiembre de 1955 una extraña sensación de país ocupado. Sus fuerzas

armadas en una sorprendente metamorfosis se han convertido en fuerzas de ocupación. Las armas que el pueblo entregara a los militares para su defensa se han vuelto contra el pueblo mismo, y mientras le apuntan, un grupo de fanáticos exacerbados por el odio se dedica a la tarea de trastocar todo con el propósito de anular hasta el último vestigio de soberanía popular, eliminar los resortes defensivos de la economía y suprimir la justicia social modificando los términos de la distribución de la riqueza en beneficio de la insaciable voracidad de la plutocracia.

La revolución del 16 de setiembre de 1955, que genera esta situación, que dibuja en el país este cuadro sombrío, es históricamente la tercer manifestación de violencia de la crisis de la estructura colonial iniciada en 1928. La revolución de 1930 fue la primer explosión provocada por esa crisis, la primer manifestación política de la enfermedad, prematura, confusa, ciega. La oligarquía la asimiló fácilmente, la hizo suya, y se sintió estimulada por la experiencia para acentuar su dominio, estableciendo la dictadura económica, el fraude electoral, y una dependencia más íntima y completa del amo británico. Al mismo tiempo trató de usufructuar desafortunadamente de los bienes del país, como si tuviese el presentimiento de estar viviendo los últimos años de su reinado. Pero la enfermedad argentina no había sido aún diagnosticada y descrita, tarea que se cumplió entre 1932 y 1943, facilitada por la agudización de su régimen.

La revolución militar de 1943, fue una reacción a la crisis hecha en un ambiente donde la conciencia de ella era aún minoritaria y sin tener sus protagonistas un programa preciso y coherente para superarla. Epilogó en un gobierno popular que intentó la superación con buenos éxitos, pero sin ejecutar un cambio de estructuras adecuado y estable.

Y ésta “revolución” de 1955, es una reacción de signo inverso; es la reacción de la estructura colonial que desesperadamente pugna por sobrevivir. Es pues del tipo de las revoluciones restauradoras o revoluciones antirrevolucionarias. No tiene originalidad. Su repertorio de sentimientos, ideas y programas (el liberalismo) es anacrónico y gastado. En su aspecto formal, en su materialidad revolucionaria, no tiene mayor importancia que sus anteriores de 1930 y 1943; al igual que ellas es una revolución dentro del marco constitucional. Sin embargo, aquellas, —que pretendían innovar— se detuvieron frente a la Constitución y el Poder Judicial. Esta, que viene a restaurar, no se detiene ante la Constitución, ni ante nada. Jamás una revolución argentina se atribuye poderes tan omnímodos y emprende con tanto fervor una tarea tan demoledora. Jamás una revolución argentina manifiesta tanta violencia pasional, ni un equipo dirigente tanta voluntad de poder y tanta imperturbabilidad en sus decisiones. Esta revolución desarrolla una virulencia equivalente a la que en otros lugares y circunstancias caracteriza a los movimientos de contenido ultra-revolucionario. Y acaso la explicación consista en que esta revolución restauradora necesita utilizar una violencia abultada, que esté en proporción a la fuerza de la corriente histórica que pretende vencer.

El pueblo está mortificado y lleno de asombro. Las armas de la Patria se han vuelto por primera vez en este siglo organizadamente en su contra. Esas fuerzas armadas que en 1943 despertaron su esperanza, que tantas veces, invocaron su nombre y juraron servirlo, se han vuelto de pronto sus enemigas, le apuntan y le intimidan. Ya no

custodian las fronteras, el Cielo y el Océano. Ahora vigilan Plaza de Mayo y el Puente Avellaneda. Y mientras hacen un continuo patrullaje con profusa ostentación de armas, mientras camiones blindados con ametralladoras recorren las calles, mientras aviones de guerra sobrevuelan continuamente la Urbe y la sub-urbe, Aramburu, Rojas, Osorio Arana, Landaburu y Hartung, gerentes visitables de una tiranía invisible y siniestra, se dedican a dismantelar inexistentes estructuras totalitarias, tarea que consiste en desalojar a la clase trabajadora de sus posiciones, tanto en lo material como en lo espiritual. Por eso intervienen y saquean los sindicatos al mismo tiempo que suprimen las funciones en el Teatro Colón, dedicadas a los obreros. Las congregaciones en Plaza de Mayo, la plaza del Cabildo, el Foro argentino, son prohibidas por decreto policial. Eso significa que el pueblo no tendrá voz en la era que se inicia y que el gobierno, tal como lo manifiesta expresa y reiteradamente, no desea la popularidad. Plaza de Mayo enmudece, y el papel político de la multitud ausente lo desempeñan los dueños de las armas. Los cuarteles pasan al primer plano político. Campo de Mayo, sustituye a Plaza de Mayo. Junta de generales, Consejo de almirantes, Consejo de brigadieres, logias, servicios secretos... La multitud se refugia en sus hogares, mientras desde el gobierno se la ofende sin cesar, acusándola alternativamente de haberse dejado embaucar por un demagogo o de haber sostenido a un tirano. Parte de esa multitud que antes cantaba y reía en la plaza histórica, ahora se dedica al sabotaje.

El poder revolucionario no se fija otros límites que los de sus propios “fines”, –que no son los de la proclama revolucionaria– y cuyo contenido exacto quien sabe qué oculto pontífice conoce, acaso Eduardo Busso, quizás Gainza Paz, tal vez las logias masónicas...

Se crean “comisiones investigadoras” que hurgan en la intimidad de miles de personas, a la mayoría de las cuales no se le hacen acusaciones concretas, pero que por el solo hecho de ser peronistas o de haberse desempeñado en la función pública durante el gobierno de Perón, deben demostrar que son honrados. Esta violación de una norma clásica y elemental del derecho, cual es la de que ningún hombre puede ser acusado sin pruebas ni obligado a probar su inocencia, se hace en nombre del “imperio del derecho” restablecido. Millares y millares de argentinos son encarcelados por motivos estrictamente políticos. Y mientras los ex legisladores son procesados por “traidores a la patria”, por darle supuestas “facultades extraordinarias” al presidente de los argentinos, el elenco gobernante trabaja sin descanso para darle facultades extraordinarias al capital extranjero. La traición real a la patria, pretende taparse con un proceso a quienes no han cometido más delito que creer en las excepcionales dotes de su presidente y líder.

Se disuelve y proscribte el partido mayoritario con el argumento de la inmoralidad y desvío de sus dirigentes (si semejante criterio se hubiese aplicado supongamos desde 30 años atrás, no existirían partidos políticos ni aquí ni en ninguna parte del mundo donde se hubiese aplicado).

Se inhabilita para la función pública a todos los que actuaron en el peronismo hasta el “nivel de secretario de unidad básica”, con lo que la venganza restauradora y la proscripción llegan hasta los humildes militantes de barrio.

Se desvaloriza el peso, se reivindica a Bemberg y a Gainza Paz; se protege y enriquece a la CADE. Se queman ropas y útiles de la fundación Eva Perón por llevar las iniciales identificatorias. Desaparece el cadáver, de Eva Perón... y las joyas de Eva Perón. Se establece un decreto ley tiránico, creando el delito de opinión, el tristemente célebre 4161, que prohíbe elogiar a Perón, ensalzar su obra, repetir sus frases características, como "justicialismo" o "tercera posición" y comparar peronismo con antiperonismo. Se crea el dogma de la maldad del peronismo. Los 10 años justicialistas son "un período negro de nuestra historia" y el que se atreve a negarlo será castigado por la ley.

El pueblo observa atónito, con ojos espantados y mordiendo los labios de impotencia, el vertiginoso sucederse de estas iniquidades como en una horripilante película de terror. Y escucha todos los días cómo se le ofende y se hace la apología de la impopularidad, identificando lo impopular con lo bueno, con lo saludable, con lo patriótico.

Hay hechos breves, insignificantes en su materialidad, pero de una significación inmensa: el tanque de guerra arremetiendo contra el busto de Evita, frente a la C.G.T. expresa con una insuperable elocuencia, el deseo de atropellar y mortificar a las masas populares.

Como un mago de sus galeras, la revolución no termina nunca de brindar sorpresas, inimaginables al pueblo argentino, haciendo los disparates más inverosímiles, arruinando la economía nacional, enfeudándonos más y más al imperialismo, y resucitando a los viejos carcamanes de la política, a los artífices de la "década infame", para presentarlos como a los salvadores de la patria, respetables y valiosos ciudadanos injustamente ofendidos por la "tiranía".

Doce años de vida argentina son impugnados y repudiados. Todo lo útil, todo lo constructivo realizado desde 1943 a 1955 es injuriado y demolido con argumentos que no resisten al menor análisis, a la más breve discusión libre, pero que son respaldados por la Marina de Guerra, la Aviación y el Ejército. Presidiendo esta tarea, Pedro Eugenio Aramburu en una postura de prócer redivivo, con la imperturbabilidad de una estatua parlante, y en un tono irrefutable propio de un hombre providencial, lanza discursos telegáficos que parecen la lectura de una lista de axiomas enviada desde el Cielo. Y no se cansa de anatematizar a los tiranos... y a los hombres providenciales.

La atmósfera está cargada de presagios y de tristeza. Menudean los panfletos, los papelitos con consignas y las cartas reales y supuestas del líder ausente, manteniendo lucecitas de fe que se prenden y apagan. El pueblo llora en silencio y espera a su salvador, a su libertador. Y a pesar de todo, la revolución libertadora que el pueblo sueña y espera es la de su todavía querido Ejército. Así, de la mezcla del deseo y de la necesidad nacen los rumores, y cada rumor se convierte en una esperanza que luego se esfuma. Hasta que uno toma consistencia y se difunde a lo largo y lo ancho de la república, acariciando el oído con una promesa y dos palabras, dos nombres mágicos... VALLE... TANCO!

El movimiento de recuperación nacional

Una de las tantas leyendas sobre el peronismo es esa –particularmente grata a radicales y socialistas– es que el gobierno de Perón fue un gobierno militar. El sostén de Perón fue la masa obrera, y sus instrumentos políticos, la C.G.T., el Congreso Nacional y el Partido Peronista, instrumentos eminentemente civiles.

Perón no utilizó al Ejército como sostén de su gobierno ni como fuerza policial. Teniendo el respaldo de los votos no necesitaba el apoyo de las armas. ¿Qué hizo pues el Ejército para ser acusado de sostener al peronismo?... Nada, absolutamente nada. Y el rencor del antiperonismo hacia el ejército nació justamente de ese no hacer nada. Los militares merecieron toda clase de calificativos despectivos simplemente por no hacerle una revolución a un gobierno a quien era imposible vencer electoralmente.

No necesitando Perón del apoyo militar, la prédica de su gobierno en las fuerzas armadas –tal como lo testifica el general Lucero en su libro *El Precio de la Lealtad*– consistió en inculcarle a los militares el sentido de su prescindencia en materia política y su dedicación exclusiva a la labor profesional. Es obvio que son los gobiernos impopulares e ilegales quienes necesitan del apoyo militar; los gobiernos con respaldo popular, a la inversa, desean que las fuerzas armadas se mantengan dentro de su esfera natural. Quienes piensen que algunas conferencias sobre doctrina nacional contradicen esta afirmación deberán convenir en definitiva en que no hubo ingerencia militar en el gobierno ni actuación de las fuerzas armadas en función política. No existió nunca un Ejército “peronista” (5). Y lo decimos para ubicarnos en la mentalidad de los militares que en setiembre de 1955 se mantuvieron leales al gobierno legal, y de cuyas filas saldrán los hombres del 9 de junio.

En la primer quincena de setiembre de 1955, el coronel Ricardo Santiago Ibazeta, jefe de estado mayor de la 4ª división de caballería, con asiento en la provincia de Corrientes, dicta una serie de conferencias ante los oficiales bajo su mando, advirtiéndolos sobre los graves peligros a que se exponen las fuerzas armadas cuando se dejan vencer por la tentación de intervenir en política. Ibazeta no es peronista. Habla y obra como militar.

En enero de 1956 lo pasan a retiro con este argumento inaudito: que habiendo podido desde el cargo que ocupaba, colaborar en la lucha contra la dictadura, no lo hizo (sic). Cinco meses después Ibazeta se subleva contra lo que él entiende es una dictadura y entonces quienes en enero lo pasaron a retiro por no sublevarse, en junio lo mandan fusilar por sublevarse. Evidentemente si los militares debieran intervenir en política haría falta un código que estableciera cuando deberían o no insurreccionarse para saber si serán fusilados como Ibazeta, o serán invitados a cenar como Rojas.

La ubicación personal con respecto al peronismo de los militares leales tiene un amplio margen de variedad que va desde la adhesión fervorosa hasta la oposición, pasando por la aceptación con reparos y un neutralismo institucionalista. Quiere decir que el común denominador de los militares leales no es su posición frente a Perón, sino su

posición frente al Pueblo, el Ejército y la Constitución. Los pensamientos y sentimientos de esos militares, comunes a todos ellos por encima de sus opiniones políticas, pueden sintetizarse así:

- 1° – Sienten un deber de lealtad hacia el pueblo.
- 2° – No creen en revoluciones militares.
- 3° – Consideran nocivo para las instituciones militares su intervención en política.
- 4° – Consideran delictuoso enfrentar a las fuerzas armadas con la clase trabajadora.
- 5° – Consideran que cuando las fuerzas armadas se convierten en árbitro de situaciones políticas terminan siempre desprestigiándose y recibiendo a la postre el repudio de ambas partes en disputa.

Estos militares tienen dos virtudes esenciales: la humildad y la sensatez. Sería cínico atribuirles una apoliticidad absoluta como sería una aberración pretender su indiferencia ante la catástrofe o la ruina del país. ¿Pero cuál es la “catástrofe” en setiembre de 1955?... ¿En qué consiste la ruina del país?...

Los militares leales van al dato concreto. El gobierno obtiene entre el 55 y el 70 % de los votos emitidos en cada elección. ¿Que cómo los obtiene?... Los obtiene con la propaganda, de sus obras; y si emplea algún recurso no ortodoxamente imparcial, siempre ese recurso es más honesto que el fraude, el robo de urnas, las componendas en los colegios electorales y la violencia física contra los votantes empleados en épocas pasadas sin despertar reacciones militares. De todos modos no le caben dudas sobre el carácter mayoritario del peronismo. ¿Hacia dónde conduce al país ese gobierno con indudable respaldo popular? Aquí el militar leal analiza la marcha del país: desarrollo de la industria, incremento de la instrucción pública, elevación del nivel de vida, construcción de miles de obras públicas, afirmación de la personalidad nacional frente al mundo exterior. ¡Ah, pero también está lo otro! Lo otro son las coimas, los negociados, el conflicto con la Iglesia, las calles que se llaman Perón, las limitaciones a la libertad de prensa, la propaganda que enseña hasta en los colegios que Perón es un gran hombre. ¿Y con eso?... ¿Deben acaso las fuerzas armadas sublevarse cada vez que alguien denuncia un negociado, cada vez que un gobierno tiene un problema con el clero, cada vez que el congreso dicta el estado de sitio?... ¿Harán las fuerzas armadas una revolución el día que descubran que Mitre no merece los honores cívicos que se le dispensan en los colegios?

Bien, estos son y así piensan los militares leales, los militares proscriptos, los militares prohibidos, los militares cuya reincorporación, –la de uno solo de ellos–, provocaría una insurrección en las fuerzas armadas.

Entre el 20 y el 28 de setiembre de 1955, estos militares, y en especial quienes integran la Junta de Generales que preside el general José Domingo Molina, –a la que pertenece Valle– viven el fugaz espejismo de la pacificación. Sacrifican sus sentimientos y opiniones personales en aras de la pacificación nacional; y hacen cesar la lucha para apaciguar a un adversario que si bien está en inferioridad de condiciones demuestra un sorprendente ánimo bélico. Estos militares, que no son vencidos en el campo de batalla, entregan voluntariamente el poder al general Lonardi para que

pacifique al país y ponga fin a los odios y a la división entre peronismo y antiperonismo. Ese ideal, que en ese momento comparte casi la totalidad del país, es paulatina e inexorablemente traicionado. Una semana después de la entrega pacífica y voluntaria del poder, todos los integrantes de la Junta Militar, y gran cantidad de jefes y oficiales leales están presos a bordo del vapor Bahía Aguirre; más tarde serán trasladados al Washington y luego al París, barcos convertidos en cárceles especialmente para testimoniarle el agradecimiento de la revolución triunfante a su gestión pacificadora.

Desde esas cárceles flotantes miran con profunda tristeza cómo la pacificación es substituida por la persecución más implacable y la difamación inescrupulosa de hombres y obras. Desde la cárcel, o desde su retiro hogareño, ven consumarse todo lo que ellos quisieron impedir: la desnacionalización del ejército, el enfrentamiento con el pueblo, el pisoteo total y descarado de la Constitución y las leyes, la persecución y la difamación de millares de honrados ciudadanos. Entonces a ellos que fueron enemigos de toda insurrección militar le vienen ganas de sublevarse.

En enero de 1956 Aramburu y Ossorio Arana dictan un decreto pasando a retiro en forma masiva a todos los oficiales leales. Los presos de los barcos son trasladados a distintas cárceles. El general Valle es liberado a condición de que permanezca confinado en un domicilio fijo. (Elige una quinta en General Rodríguez, propiedad de su suegra). Lo mismo le sucede al general Raúl Tanco, confinado en una casa de campo en la localidad de Guido (Prov. de Buenos Aires).

Hasta el refugio del general Valle llegan un día junto a los ecos del clamor popular, dos estimulantes noticias: la existencia de grupos subversivos civiles y de inquietudes conspirativas en el cuadro de suboficiales en actividad. En algunos regimientos hay ya células conspirativas de suboficiales a la espera de un conductor, de un movimiento general.

El 7 de marzo, Valle se fuga de su residencia obligatoria para encausar esas inquietudes y promover lo que se llamará Movimiento de Recuperación Nacional. Va en busca del apoyo y la solidaridad de sus camaradas, los militares retirados, los "leales" de setiembre, quienes experimentan sus mismos sentimientos y tienen sus mismas opiniones.

Valle compromete al general Raúl Tanco, de brillante carrera, con quien lo une estrecha amistad; al coronel Fernando González, militar serio y estudioso a quien nombra su jefe de estado mayor; al teniente coronel Arrechea, de alta capacidad profesional; al teniente coronel Oscar Lorenzo Cogorno, valiente y de amplias vinculaciones militares; al teniente coronel Valentín Yrigoyen, dinámico y entusiasta, quien se convierte en una especie de secretario general de la conspiración y compromete a su hermano José Albino, también teniente coronel, en actividad como jefe del Batallón de Comunicaciones de City Bell. Rápidamente se consiguen adhesiones y se van incorporando al movimiento el general Enrique Lugand, los coroneles Cortines, Ibazeta, Calderón, Berazay y Digier; los tenientes coroneles Prieto, Ricagno, Leis, Ruchti, López, Frascogna, Salinas, Cerrutti y Barbosa; los mayores

Pignataro, Philippeaux, Vicente, Quiroga y Prat; los capitanes Bruno, Morganti, Caro, Cano, Costales, Leguizamón y Julio Morel; los tenientes Noriega, Videla, Aloé y Chesco, siendo éstos algunos nombres y no una lista completa.

Tratándose ahora no de la defensa de un gobierno constitucional sino de derrocar a un gobierno usurpador y despótico, la conspiración tiene que girar forzosamente en torno a un pensamiento político, aunque sea mínimo pero fundamental y que podemos sintetizar así:

1° – Valoración justa de la obra de Perón y de su trascendencia; adhesión a las líneas fundamentales del peronismo.

2° – Valoración justa del 16 de setiembre y del 13 de noviembre como hechos negativos.

3° – Restauración de la Soberanía Popular.

4° – Realización de la pacificación del país que no pudo realizar el general Lonardi, prisionero de las logias y los círculos antinacionales que controlaban su gobierno.

Estas sus ideas, en cuanto a su programa concreto puede resumirse de esta forma:

a) Llamar rápidamente a elecciones con absoluta libertad para todos los partidos y todos los ciudadanos.

b) Parar la desnacionalización de las fuerzas armadas y su enfrentamiento con el pueblo.

c) Parar la entrega económica al capitalismo internacional y denunciar o renegociar todo pacto económico que perjudique al país.

Quieren además, desenmascarar la impostura del 16 de setiembre, documentar y difundir la estafa “libertadora”, y darle al país un nuevo punto de partida para la unión nacional, la realización de la democracia y la vigencia de la libertad. Estamos decididos –dirán en la proclama– a pacificar la Nación por el camino de la verdadera libertad, en el respeto de la Constitución y la Ley.

La causa de los fusilamientos de junio de 1956

Roberto Baschetti

Con motivo de un nuevo aniversario de los fusilamientos de civiles y militares peronistas sin juicio previo o en caricaturas de juicio, según los casos, por parte de los complotados e insurrectos de setiembre de 1955, me parece oportuno analizar los motivos de dicha acción punitiva.

¿Basta con decir que los fusilamientos fueron aberrantes desde el punto de vista jurídico? ¿Alcanza con recordar el espanto que produjeron? ¿Nos conforma saber la entereza con que el General Valle enfrentó la muerte?

Yo creo que debemos ir más a fondo y encontrar las causas de ese magnicidio que se perpetró contra el pueblo peronista por parte de unos señores feudales y oligárquicos, cipayos y gorilas, que creyeron oportuno escarmentar al pueblo y retrotraer la Argentina al período anterior a la experiencia del gobierno nacional, popular y revolucionario del general Perón que va desde 1946 a 1955; es decir volver a la Argentina de la década infame.

Pero para poder hacer posible esa regresión histórica, esa involución social, era necesario e imprescindible escarmentar al grueso de la gente, al común de la gente, que seguía siendo peronista.

Para la mentalidad del gorila consumado, del “contrera” (como lo había bautizado el gran Discepolín), existía una situación anómala creada en la “república” con el surgimiento de Perón. Y digo “república”, como una manera de definir el lugar, el espacio físico donde estos señores hacían sus grandes negociados a expensas del hambre del pueblo.

Siempre según ellos, la solución era fácil, lineal, podría decirse que se daba por su propio peso. Solamente había que derrocar a Perón y automáticamente, la gente que lo seguía (debido a las prebendas que éste entregaba (pan dulce, sidra, etc) se disolvería y Perón pasaría a ser un mal recuerdo y algo irrepetible para el normal desenvolvimiento de las instituciones democráticas. En criollo dirían: “muerto el perro se acabó la rabia”.

Hasta allí la teoría, infantil si se quiere, de estas personas a las cuales el desarrollo de los acontecimientos les iba a demostrar otra realidad.

El pueblo seguía siendo peronista, porque con Perón había tenido acceso por primera vez en la historia de la Argentina a salud, trabajo, educación y bienestar; a sentirse digno y protagonista de su presente.

Un rápido repaso por los logros alcanzados en esos nueve años de gobierno peronista acreditan lo que digo:

A nivel económico:

- Nacionalización de la economía, créditos para la industria, plena ocupación y altos salarios.
- Incentivo de la producción industrial, al aumentar la capacidad de compra del salario.
- Comienzo de la producción de bienes de consumo durables, como por ejemplo automotores, locomotoras, aviones o motocicletas.
- Comienzo de la producción de insumos siderúrgicos y otros derivados del petróleo.
- Traspaso al patrimonio de la Nación de ferrocarriles, puertos, teléfonos, gas y servicios públicos. Esto posibilita un control sobre la política de tarifas de los mismos. También permite una reducción de los pagos de servicios y beneficios al capital extranjero, generalmente remitidos al exterior y un control efectivo sobre la política de inversiones de las empresas públicas.

- Inauguración y puesta en marcha de centrales hidroeléctricas, plantas siderúrgicas, diques, gasoductos, refinerías de petróleo y usinas eléctricas (entre las que se encuentran San Nicolás, Río Turbio, Represa Del Nihuil y Altos Hornos Zapla).
- Nacionalización del crédito y los depósitos bancarios.
- Creación del Banco Industrial para orientar el crédito hacia la mediana y pequeña industria y otros sectores medios.
- Solamente en un año de gobierno peronista entre 1948/1949, los chacareros arrendatarios se hicieron propietarios de un millón de hectáreas.
- En nueve años de gobierno peronista (1946-1955) se levantaron 76.230 obras públicas, de las cuales 70.000 fueron en el postergado interior de nuestro país.
- La flota mercante del Estado pasó a ser la tercera en el mundo con 35 buques y un tonelaje total del peso bruto de la flota de 269.530 toneladas.

A nivel social:

- El gobierno peronista construyó 8.000 escuelas, la mayor cantidad registrada en toda la historia de la Argentina.
- El analfabetismo se redujo al 3% en todo el país.
- En nueve años de gobierno peronista (1946-1955) se construyeron 500.000 viviendas con capacidad para cerca de 5 millones de personas.
- Contratos de trabajo, leyes de previsión social, jubilaciones y pensiones, cooperativas, proveedurías, y escuelas técnicas fueron algunas de las medidas con las que se dignificó a todos los trabajadores.
- Se crearon los Tribunales de Trabajo. Hasta ese momento un trabajador era echado por la patronal arbitrariamente y sin indemnización alguna de por medio.
- La Fundación de Ayuda Social “María Eva Duarte de Perón” cobró una enorme importancia con la construcción y mantenimiento de la ciudad infantil, la ciudad estudiantil, hogares escuela, hogares para ancianos, hogares de tránsito para empleadas, hospitales, clínicas y policlínicos para el común de la gente, turismo infantil y colonias de vacaciones para todos los pibes y un intenso trabajo de acción social.
- Se instauraron los derechos sociales del trabajador, de la ancianidad, de la niñez y del peón de campo. Todos ellos con fuerza de ley, ya que fueron incluidos en la constitución nacional de 1949.

A nivel político:

- Creación de una central única de trabajadores (C.G.T.) y participación de la misma en el poder político a través del parlamento, de agregados obreros en las embajadas, entre otros espacios.
- Nombramiento de “Ministro” para hombres de extracción obrera como Borlenghi, Bramuglia y Freire.
- Elevado número de parlamentarios de origen gremial. En la reelección de 1951, por ejemplo, son 5 senadores nacionales, 42 senadores provinciales, 54 diputados nacionales y 160 diputados provinciales.
- Instauración del voto femenino. Hasta entonces la mitad de la población no votaba por el sólo hecho de ser mujeres.

¿Cómo la gente, el común de la gente, no iba a seguir siendo peronista? Si Perón les había dado todo...

Por eso Perón y el peronismo eran imbatibles en la contienda electoral. El peronismo en 1946 había sacado el 52.40% de los votos y en 1951, se reelige a Perón presidente con el 62.49% de los votos.

Y así comienza el mismo día de la caída de Perón, el 16 de setiembre de 1955, la epopeya más grande de la que se tenga memoria en nuestro país: la Resistencia Peronista, que durará nada menos que 18 años e involucrará en la lucha a tres generaciones de patriotas.

El “Perón vuelve” con tiza, con carbón, con alquitrán, o con aerosol –a medida que avanzamos en el tiempo- va cubriendo todas las paredes del país.

El pueblo se organiza y resiste. En la fábrica, en la calle, en el barrio, donde sea, o donde se pueda.

Precisamente en el barrio, en las casas de los compañeros, se va gestando la organización y la lucha a un gobierno de facto y entreguista como el de Rojas y Aramburu.

Vale recordar lo que escribió el compañero César Marcos sobre este tema, uno de los primeros en movilizarse y tratar de organizar a la gente recorriendo a tal efecto, los barrios de Capital y Gran Buenos Aires:

allí siempre había una cocina amiga donde tomar unos mates y un sitio seguro donde poder aguantarse si era necesario. ¡Las cocinas que hemos conocido! En esos años, el que más o el que menos, los trabajadores ya tenían su casita y su cocina hospitalaria, abrigada en invierno y fresca en verano. Cocinas alegres, limpias, con su heladera en un rincón, la mesa con el hule, las sillas acogedoras. Y el mate o una cervecita helada, y a veces, en ese entonces claro, la carne para el asadito en el fondo. No sé hacer poemas, pero sugiero ese pequeño homenaje que todavía no se ha rendido a las cocinas humildes de nuestras barriadas, que fueron verdaderos fortines del movimiento peronista. Allí se realizaban las reuniones con los compañeros barriales, se distribuía la propaganda, se establecían enlaces, se programaban las pintadas, se planeaba la acción. Allí nos reuníamos, en el ámbito mimético de las cocinas, donde todos son iguales y se confunden, donde nadie llama la atención, como en una gran familia.

Y como se sabe en una de estas casas de familia se reunieron un sábado por la noche varios vecinos y amigos del dueño de casa, para escuchar por radio una pelea de box internacional en la cual peleaba un argentino.

Esa misma noche debía saltar la rebelión de Valle y otros militares y civiles peronistas. En la casa que escuchaban la pelea había gente complotada en el levantamiento que esperaba que se diera por radio la noticia para actuar en consonancia y otros que no sabían nada del asunto y estaban ahí de casualidad, por la pelea de box en sí misma.

Cae la policía de improviso. Es un allanamiento, se lleva a todos los que puede y los fusila en un descampado de José León Suárez sin juicio previo y alterando la hora de la ley marcial que entraba en vigencia.

La idea del gobierno militar era originar un baño de sangre, escarmentar a los “peronachos”, como despectivamente se los denominaba, insertar el miedo y el terror en la población.

En este orden de acción deben verse aquellas manifestaciones verbales cargadas de odio y resentimiento pronunciadas por figurones del régimen tales como “se acabó la leche de la clemencia” ó visualizar al peronismo resistente como un “aluvión zoológico” ó afirmar que los fusilados “estaban pagos por el tirano prófugo”. O que el General Juan José Valle era un “traidor a la patria” como dijo el señor Ricardo Balbín.

Pero quizá la perla, la frutilla del postre de este sentir irracional, gorila y racista esté dada por las declaraciones públicas que el Contralmirante Arturo Rial les hizo a dirigentes de la C.G.T. que en setiembre de 1955 esperaban ser atendidos por el General Lonardi.

Muy suelto de cuerpo, en posición de firme y con cara de guerra les dijo: “sepan ustedes que la Revolución Libertadora se hizo para que en este bendito país el hijo del barrendero, muera barrendero”.

Por último me gustaría hacer frente a esa idea generalizada e instalada en los medios de comunicación cuyo portavoz visible es el diario “La Nación”:

Primero la idea de que la denominada “revolución libertadora”, como su nombre lo indica, vino a liberar a la nación de un dictador y de un régimen totalitario que conculcaba los derechos de los ciudadanos. Ya vimos que eso no era así simplemente enunciando la acción de gobierno desplegada.

En segundo lugar, la noción de que las cabezas visibles de la sangrienta asonada militar, Rojas y Aramburu, eran adalides de las libertades individuales, la democracia y el recto pensar y actuar. Se los presentaba como una especie de paradigma de todas las bondades juntas de la civilización occidental y cristiana.

Yo afirmo que muy por el contrario, el Contralmirante Rojas y el General Aramburu eran dos pusilánimes y acomodaticios que esperaron el momento oportuno para cambiarse de bando y lucrar de por vida con esa traición. Y como esta aseveración de mi parte hay que probarla, a las pruebas escritas me remito:

Antecedentes de Rojas:

Bahía Blanca, 11 de mayo de 1952. El secretario general de la C.G.T. señor José Espejo, desde ayer es huésped oficial de esta ciudad. En el puerto de Ingeniero White el secretario general de la C.G.T. y demás acompañantes se embarcaron en un buque de la marina de guerra a fin de trasladarse a puerto Belgrano (...) Tras de recorrer las dependencias de la base naval se sirvió un vino de honor en el casino de oficiales.

Ofreció la demostración el capitán de navío Isaac Rojas quien entregó al señor Espejo un mástil con las insignias de la marina de guerra. Expresó dicho jefe que los hombres de la base naval sentían una honda satisfacción por la visita que traía el saludo y representación de todos los trabajadores. Terminó brindando por el General Perón, por la señora Eva Perón y por la C.G.T. (Diario «La Prensa» del lunes 12 de mayo de 1952).

Antecedentes de Aramburu:

Con fecha 24 de mayo de 1955, muy pocos días antes de la sublevación aeronaval del 16 de junio y a menos de 4 meses de la caída definitiva del gobierno peronista, en septiembre del mismo año, el entonces Director General de Sanidad del Ejército, General de Brigada Pedro Eugenio Aramburu, ordenaba a todas las dependencias a él subordinadas que “cuando se eleven propuestas de nombramiento, ascensos, pases de carrera o mejoras para el personal civil, se consigne la posición que observan el o los causantes ante la doctrina nacional y su identificación con la misma, acompañándose copia fotográfica o certificación debidamente autenticada, por autoridades que corroboren dicha identificación”.

Está sobreentendido que la documentación exigida era el certificado o constancia de afiliación al partido peronista y dicha orden exhumada, puede leerse en “mayoría” del 27 de febrero de 1958.

Susana Valle, hija del general Juan José Valle, aporta elementos que nos permiten profundizar en el perfil de Aramburu. En un reportaje que le hace Diana Piazzolla –hija de Astor- para la revista “26 de julio” N° 7 de junio de 1986, afirma que:

“cuando mi padre integra la junta de calificaciones del ejército, nombrado por Perón por su alto puntaje y porque era el primero de su camada, le pide al presidente tres días, para darle a Aramburu, que era el último y el de más bajo puntaje, la posibilidad de ascender. Perón firma el ‘cúmplase’ y le dice: mire Valle, este hombre le va a pagar muy mal. Estos favores siempre se pagan caros...”

Y así fue nomás. Aramburu le pagó el favor con un tiro.

El Presidente duerme. Fusilados en junio de 1956.

La generación de una causa

Daniel Brión

José León Suárez

Quiénes fueron los ejecutores, instigadores e ideólogos de los crímenes producidos por el terrorismo de Estado en junio de 1956

José León Suárez

El departamento de la calle Hipólito Yrigoyen 4519 de Florida, en la Provincia de Buenos Aires, es uno de los focos de la ilusión política donde, aguardando una señal ya convenida, un grupo de patriotas espera el momento para actuar.

La excusa es escuchar una pelea por la radio –por el campeonato sudamericano pelean Lause con el chileno Loayza–, la realidad es la espera del lanzamiento radial de la proclama revolucionaria y el anunciado corte de luz que marcará el inicio de las acciones.

El dueño de casa, Juan Torres, está muy vinculado con el activismo peronista de la zona, en esa misma casa ya se han escondido algunos compañeros perseguidos en otras oportunidades.

Esa noche, otros compañeros de causa, ansiosos, están aguardando el acontecimiento esperado.

Se dividen en dos grupos, algunos juegan a las cartas, otros están escuchando la pelea.

Allí se encuentran:

Carlitos Lizaso, el de los 21 años alegres y optimistas; Nicolás Carranza, el obrero ferroviario prófugo de la policía por repartir volantes; Francisco Garibotti, vecino de Carranza, también obrero ferroviario y padre de 5 hijos; el fornido Vicente Rodríguez, obrero portuario, padre de 3 hijos; Mario Brión, entusiasta de la justicia social, empleado de Siam, un hijo; Horacio Di Chiano, indiferente al peronismo, pero se acerca al grupo porque repudia el accionar de los militares; Norberto Gavino, peronista prontuario y Juan Carlos Livraga, el muchacho colectivero que sólo fue a escuchar la pelea.

La Hora O

Son cerca de las 23.00, la hora de la esperanza, el grupo está entretenido jugando a las cartas y escuchando la radio, aguardan la ansiada novedad.

Livraga, indiferente a las inquietudes políticas, decide retirarse.

Al abrir la puerta es golpeado violentamente en el estómago, al mismo tiempo que una voz amenazante grita fuera de sí “¿donde está Tanco?”...

El jefe de la policía de la Provincia de Buenos Aires, Teniente Coronel Desiderio Fernández Suárez, acompañado por el jefe de la Unidad Regional San Martín, Inspector Mayor Rodolfo Rodríguez Moreno, el subjefe Inspector Cuello, un grupo de agentes de la policía armados con armas largas y un grupo de civiles, irrumpen el lugar tras derribar de una patada la puerta.

Han llegado al lugar con una camioneta policial y un colectivo –el interno 40 de la Línea 19– que requisaron en Puente Saavedra algunas horas antes.

Todo es confusión, rompen los muebles, revisan los cajones, los papeles y todo cuanto encuentran es tirado al suelo. El jefe de la policía, con su 45 en la mano, intimida a los presentes, quiere saber a toda costa donde está Tanco, como nadie le contesta se pone como loco, desparrama culatazos y golpes con el arma que se le entregó para que defienda al pueblo de posibles agresiones.

Entretanto, aprovechando la confusión, Torres salta una pared y logra escapar. Carlitos Lizaso trata de imitarlo pero no lo logra, su suerte parece estar trazada.

Antes de irrumpir en el lugar, Fernández Suárez lo ha hecho en el departamento de adelante, donde detiene al dueño de casa, Horacio Di Chiano y a un vecino que lo visitaba, Miguel Ángel Giunta; ambos totalmente ajenos a la revolución, igualmente son detenidos luego de ser golpeados y encañonados en el cuello con la pistola.

A golpes y puntapiés todos son llevados a la calle y se los comienza a hacer subir de a uno al colectivo.

Cuando sube Gavino, Fernández Suárez lo reconoce y lleno de ira comienza a golpearlo, le pone la mano en una tapa de gas y cierra violentamente la puerta, el golpe le corta dos dedos, luego lo levanta de los cabellos y le grita "Así que vos sos Gavino, a ver hacete el guapito ahora, decime donde está Tanco!!"..., pero Gavino no habla y el jefe de la policía de un golpe lo arroja dentro del colectivo.

Ponen en marcha los dos vehículos y los llevan a la Unidad Regional San Martín.

Fernández Suárez, luego de unos minutos, se marcha de regreso a La Plata.

Al rato traen a dos detenidos más: Julio Troxler, ex oficial de policía y miembro de la resistencia peronista, y Reinaldo Benavidez, que al llegar a la casa de Torres se encuentran con los policías armados que quedaron en el lugar y los detienen.

Entretanto, en la Regional, por comentarios de los policías se enteran de la noticia de la insurrección y, más tarde, la de la ley marcial. Sienten una sensación de alivio, este arresto les servirá para protegerlos de la aplicación de esa Ley Marcial, ya están presos antes de que hubiera sido dictada y, creen, no se la pueden aplicar a ellos.

"¡Che, a ver si todavía nos matan!"

Es el pensamiento de Brión, y se lo comenta al oído a un compañero.

"No Mario quédese tranquilo, a lo sumo nos tendrán detenidos un tiempo, ya va a ver", lo tranquiliza Livraga.

Son las dos de la madrugada ya pasadas, el ambiente se va endureciendo poco a poco; los policías, que antes conversaban con los presos, ya no lo hacen y sus rostros adquieren seriedad.

A las dos y cuarenta y cinco, el Jefe de la Brigada decide tomarles declaración.

Van pasando de a uno.

Nombre, ocupación y la pregunta:

"¿Qué hacía allá?"

"Estaba jugando a las cartas". "Escuchaba la pelea".

"Vivo en ese departamento". "Estaba de visita".

Son las declaraciones que firman los detenidos, ninguno traiciona, ninguno implora, ninguno se quiebra.

Les retiran los efectos personales, reloj, dinero, anillos (donde habrán ido a parar).

La mayoría piensa: "Nos meten adentro. ¿Cuánto tiempo nos tendrán?"

"¡A esos detenidos de San Martín que los fusilen!"

Ninguno puede imaginar que, en la Ciudad de La Plata, el jefe de la policía teniente coronel retirado y ex director de escuela Desiderio Fernández Suárez ha pronunciado telefónicamente, con carácter de orden, estas palabras criminales.

Palabras que se repiten sin cesar en los oídos de Rodríguez Moreno, nunca nadie en la policía de la Provincia de Buenos Aires, hasta ese momento, dio ni recibió semejante orden.

Está desconcertado. No tiene el heroísmo para desobedecer, liberarlos y huir. Tampoco sabe como hacer un fusilamiento, ni conoce a nadie que lo sepa.

Se dirige al Liceo Militar, en San Martín, y solicita permiso para el fusilamiento, se le niega y le dicen que nada tienen que ver con su jefe ni con la policía.

Vuelve a su oficina y llama al jefe de la policía, nuevamente se le ratifica la orden "¡FUSÍLELOS, NO PIERDA MÁS TIEMPO, HÁGALO EN CUALQUIER BALDÍO, PERO HÁGALO YA!"

A las 5.30 de la madrugada del domingo 10 de junio la dependencia policial se pone en movimiento.

Es una noche fría, helada.

Traen una camioneta donde se ubica Rodríguez Moreno, el jefe de la brigada, su segundo el Comisario Cuello y el oficial Cáceres; y un carro de asalto donde van los doce civiles.

Quince agentes de policía al mando del cabo Albornoz, de la Subcomisaria de Villa Ballester, vigilan.

Las calles están desiertas. La oscuridad es casi completa. Entran en la Ruta 8 y luego doblan en la Avenida Bernardo Márquez.

Tiritando de frío los prisioneros se preguntan "¿dónde nos llevan?"

Brión le comenta nuevamente a Livraga:

"Don Lito, nos van a matar".

"No Mario, quédese tranquilo, nos deben de estar trasladando a La Plata", le contesta.

El vehículo se detiene, el cabo ordena que bajen seis. Comienzan a descender junto con algunos policías, Rodríguez Moreno decide que ese no es el lugar apropiado y vuelven a hacerlos subir.

Trescientos metros más adelante vuelven a detenerse. Nuevamente la voz del cabo indica:

“¡Que bajen seis!”

El lugar está próximo a la estación de José León Suárez, en la avenida Márquez y 9 de Julio; sobre 9 de Julio. A la derecha hay un club, frente al club una hilera de eucaliptos; frente a los eucaliptos un gran baldío con basura amontonada.

Operación Masacre

El drama comienza a desencadenarse. Rodríguez Moreno salta de la camioneta, pistola en mano. Apunta a los prisioneros. Que caminen en dirección al basural es la orden.

Avanzan. Detrás los agentes y Rodríguez Moreno a un costado, ordenando mantener la fila.

La camioneta avanza lentamente, iluminando con sus faros la oscuridad de la noche. A golpes de fusil los van arriando al lugar elegido.

Caminan otro trecho. El cabo ordena “¡De frente y codo con codo!”

Los prisioneros se dan vuelta, han visto el rostro de la “revolución libertadora”.

La escena resulta difícil de reconstruir con exactitud.

Gavino le dice a Carranza “corramos que nos matan” y sale corriendo en ese mismo instante, no para de correr.

Carranza no atina a huir y se tira al suelo gritando “¡no me maten, tengo 6 hijos!”

La respuesta no tiene palabras, le apoyan un fusil en la nuca y aprietan el gatillo. Cae muerto. Luego le acribillan todo el cuerpo.

Se produce un desbande de los prisioneros y una descarga de los fusiles.

Livraga se tira al suelo y se hace el muerto. Lo mismo hace Di Chiano.

Giunta siente una bala que pasa cerca suyo, escucha un impacto, un gemido sordo y el golpe del cuerpo de Garibotti que cae muerto.

Giunta se tira cuerpo a tierra y se queda inmóvil, de pronto se pone de pie de un salto y corre zigzagueando, logra escapar.

Se oyen gritos. Rodríguez intenta escapar pero no tiene suerte, cae herido por la espalda Desesperado por el dolor pide “¡mátenme, por favor mátenme, no me dejen así!” Sin ningún comentario, en ese mismo momento lo ultiman.

Mario Brión no tiene posibilidad de escapar, lleva puesta una polera blanca que le acababa de tejer su mujer, brilla incandescente a la luz de los faroles de la camioneta; lo balean por la espalda. Cae muerto.

Entretanto en el carro de asalto, Troxler intenta desarmar a un agente, forcejea, le da una patada y huye arrastrando tras suyo a su amigo Benavídez; éste a su vez intenta llevar con él a Garlitos Lizaso.

Pero Lizaso no tiene suerte y lo sujetan entre tres guardias, luego forman el pelotón frente a él y hacen fuego, le dan en pleno pecho. Cae muerto.

Díaz, entre tanto ha logrado escaparse saltando del carro de asalto en algún momento de la confusión.

Rodríguez Moreno ha cumplido con la orden, pone en marcha los vehículos para emprender el regreso, pero antes se va deteniendo al lado de cada cuerpo, y si comprueba que todavía le queda algo de vida los remata de un tiro, se detienen junto a Di Chiano y luego de unos segundos eternos lo dan por muerto y continúan.

Se detienen ahora junto a Livraga y al verlo parpadear brota la orden: “tirale a ese que todavía respira”, le disparan tres veces, la primera pega en el piso junto a su cabeza, la segunda le atraviesa la cara de lado a lado, destrozándole el tabique nasal y la dentadura, la tercera pega en su brazo, lo dan por muerto y se retiran.

Sobre un total de doce detenidos, los muertos han sido cinco:

Carlos Lizaso,
Nicolás Carranza,
Francisco Garibotti,
Vicente Rodríguez y
Mario Brión

El resto, afortunadamente logró escapar o fue dado por muerto en el lugar.

Más tarde, sus testimonios han ayudado a reconstruir los hechos.

Cuando se termina y el carro de asalto y la camioneta se alejan por donde vinieron son alrededor de las 6 de la mañana.

Al día siguiente tratarán de borrar todas las manchas de la sangre derramada arrojando decenas de litros de kerosene y prendiendo fuego en todo el lugar.

Pero esa sangre jamás la podrán limpiar de sus manos y de su conciencia, no existe nada que les pueda evitar llevarla por siempre sobre ellos.

La proclama

Las horas dolorosas que vive la República, y el clamor angustioso de su Pueblo, sometido a la más cruda y despiadada tiranía, nos han decidido a tomar las armas para restablecer en nuestra Patria el imperio de la libertad y la justicia al amparo de la Constitución y las leyes.

Como responsables de este Movimiento de Recuperación Nacional, integrado por las Fuerzas Armadas y por la inmensa mayoría del Pueblo –del que provienen y al que sirven–, declaramos solemnemente que no nos guía otro propósito que el de restablecer la soberanía popular, esencia de nuestras instituciones democráticas, y arrancar a la Nación del caos y la anarquía a que ha sido llevada por una minoría despótica encaramada y sostenida por el terror y la violencia en el poder.

Conscientes de nuestra responsabilidad ante la historia, comprendemos que nuestra decisión es el único camino que nos queda para impedir el aniquilamiento de la República en una lucha estéril y sangrienta entre hermanos, cada día más inevitable e inminente.

Deploramos que precisamente desde el gobierno se haya cerrado sistemáticamente toda posibilidad de pacificar la República y alcanzar la armonía entre los argentinos, en contraposición con el sentido de responsabilidad, la tolerancia y la paciencia patriótica del pueblo.

La Nación entera, y con ella la tranquilidad, el bienestar y la dignidad de todos los argentinos han caído en manos de hombres y de fuerzas que aceleradamente retrotraen a la Patria a épocas de sometimiento, de humillación y de vergüenza. Su acción nefasta ha desquiciado y lesionado profundamente el orden político, económico y social de la República.

1. En lo político

- Han violado y desconocido el imperio de la Constitución y de las leyes, sustituyéndolos por un llamado “derecho de la Revolución”, que no es otra cosa que el entronizamiento de la arbitrariedad, sin más normas ni vallas que la omnimoda voluntad de los que detentan el poder.
- Se han avasallado así las garantías y derechos individuales, sustituyéndose a instituciones y personas de la jurisdicción de sus jueces naturales, sometiéndolos a tribunales y comisiones especiales expresamente prohibidas por la Constitución.
- Se ha perseguido, encarcelado y confinado en verdaderos campos de concentración a miles de argentinos no sometidos a proceso y privados del derecho a la defensa, por razones ideológicas o políticas.
- Por idénticas razones se ha privado a miles de argentinos de derechos esenciales, como el acceso a los empleos públicos y la participación activa en la vida cívica de la Nación, sin que tan graves penas provengan de la decisión de la justicia y ni siquiera de juzgamiento de la conducta de los inculpados.
- Como consecuencia de esta arbitrariedad discriminatoria, que divide a los argentinos en reprobos y elegidos, se ha privado de sus empleos a miles de ciudadanos, sin tenerse en cuenta ni su antigüedad, ni su idoneidad, ni su conducta.
- Se ha excluido de la vida cívica del país a la fuerza mayoritaria con el pretexto de inmoralidades y desviaciones en la conducta de algunos de sus dirigentes; verdadera aberración jurídica y moral que podría llevar a la exclusión de todos los partidos, desde que todos padecen o padecieron en algún momento de males similares.
- Se ha fomentado y organizado desde el gobierno la delación y el espionaje contra personas e instituciones, inclusive contra las Fuerzas Armadas.

- Se ha impedido la libertad de prensa, uniformada al servicio del gobierno, interviniendo y entregando arbitrariamente los diarios y revistas a sectores políticos minoritarios adictos al mismo, clausurando los desafectos e impidiéndose la aparición de nuevos órganos de opinión independiente.

- Todo ello unido a la monstruosidad totalitaria de un decreto-ley que bajo penas gravísimas prohíbe a los ciudadanos hasta el uso o empleo individual de palabras, fechas, símbolos, foto

grafías, nombres y expresiones que se proscriben, configuran los hechos más salientes de un plan siniestro, destinado a ahogar la libre expresión de la ciudadanía, y entronizar en el poder

a minorías antinacionales que en su hora enajenaron el patrimonio del país y traficaron con el hambre y el dolor de los trabajadores argentinos.

- Este desborde de la arbitrariedad ha culminado con la abolición de la Constitución Nacional vigentes, sancionada por una Convención Reformadora libremente elegida por el pueblo,

con la participación de los mismos sectores políticos que apoyan la tiranía, Constitución que juraron acatar y defender los mismos que hoy la vulneran y suprimen a espaldas del Pueblo y

al margen de su libre voluntad soberana con el evidente propósito inconfesable de abolir disposiciones como el artículo 40, que impiden la entrega al capitalismo internacional de los servicios públicos y las riquezas naturales del país, juntamente con otras también fundamentales como las que sancionan los derechos del trabajador y las que estatuyen la función social de la economía y la riqueza.

- Por un acto arbitrario y despótico se reimplanta una Carta Fundamental ya superada por la realidad política, económica y social de la República, al amparo de cuya imprevisión y laxitud

fue posible en otras épocas la entrega del país a las fuerzas internacionales del capitalismo y el sometimiento, el hambre y la humillación de nuestro Pueblo.

Y para hacer más evidente la burla a la ciudadanía y la prepotencia de la arbitrariedad, ni siquiera se la reimplanta en todo su vigor como norma de convivencia o valla del poder, sino “en tanto y en cuanto no se oponga a los fines de la Revolución”, vale decir, en cuanto no se oponga a la voluntad omnímoda e incontrolada del gobierno. Jamás en toda la historia, gobierno alguno ha tenido el descaro de hacer semejante profesión de tiranía y despotismo.

2. En lo económico

Se han tomado medidas tendientes a quebrantar la industria nacional, deprecia la moneda, crear el desaliento en la inversión de capitales útiles, elevar los precios acentuando el desequilibrio entre éstos y los salarios, provocar sectores importantes de desocupación, que llevarán por hambre a los obreros a someterse a la voluntad del capitalismo.

Todo ello unido al desprestigio internacional de nuestra economía por el propio gobierno, a la acelerada concentración de empréstitos extranjeros y a la adopción de determinados compromisos anteriores, constituyen etapas de un plan destinado a retrotraer al país al más crudo coloniaje, mediante la entrega al capitalismo internacional de los resortes fundamentales de su economía.

3. En lo social

Se han desconocido legítimas conquistas de los trabajadores, se ha destruido la organización sindical –base indispensable de la paz social y del progreso del país–, mediante la intervención a la Central Obrera y a todos los sindicatos y el asalto de las organizaciones, propiciando desde el gobierno con elementos reconocidos como agitadores al servicio de ideologías o intereses internacionales.

Se ha perseguido, encarcelado y confinado a miles de trabajadores, y se los ha privado arbitrariamente del derecho elemental de intervenir activamente en la vida de las organizaciones a que pertenecen.

En síntesis, desde el propio gobierno, se ha realizado una acción sistemática tendiente a destruir la organización sindical y anarquizar a los trabajadores, acción que persigue la finalidad inconfesable de debilitar el frente social para posibilitar el camino del sometimiento del Pueblo, y con él, del sometimiento de toda la Nación.

4. En el orden de las fuerzas armadas

Se ha tratado en toda forma de minar su unidad y su armonía y se han desquiciado sus cuadros con la baja o retiro obligatorio de centenares de jefes, oficiales y suboficiales que honraban a la institución por sus virtudes morales y su capacidad profesional.

Al mismo tiempo se ha obligado a muchos oficiales al desempeño de funciones civiles incompatibles con su estado militar, creándose hacia la institución un lógico resentimiento y desconfianza del Pueblo, difícil de superar, y que es la semilla más criminal que podía haberse sembrado para dividir y anarquizar la Nación.

Esto es, en lo fundamental, el panorama trágico de las horas difíciles que vive la República. La proliferación de conflictos sindicales, los actos diarios de sabotaje en todo el territorio del país y el continuo descubrimiento en toda la república de planes subversivos o actos de insurrección, denunciados por el propio gobierno, no son (como él pretende, para encubrir su responsabilidad y engañar a la opinión) fruto de la acción aislada de personas perturbadoras, sino síntoma del clima de opresión y subversión en que vive la República y expresión evidente del espíritu indomable y de la decisión del pueblo de reconquistar su libertad.

Tan grave estado de cosas impulsa nuestra determinación y nos decide a recoger el clamor unánime del Pueblo, antes de que la República desemboque en una lucha fratricida que terminará por destrozarla.

Este Movimiento de Recuperación Nacional, se lanza a la acción revolucionaria con objetivos claros y un programa concreto para restablecer la soberanía y la justicia social y devolver al Pueblo el pleno goce de su libertad y sus derechos.

Declara objetivos fundamentales de su acción:

1. En lo político

- Restablecer el Estado de Derecho mediante la vigencia plena de la Constitución Nacional y el imperio de la justicia en un ambiente de real libertad y pura democracia.
- Consolidar la soberanía popular mediante la realización de elecciones generales en todo el país en un plazo no mayor de 180 días, con plenas garantías para todos los partidos políticos

en el proceso electoral y preelectoral, incluida la utilización con iguales derechos de todos los medios de expresión y difusión.

- Prescendencia absoluta del gobierno en materia electoral y fiscalización de los comicios por las Fuerzas Armadas.
- Libertad efectiva y absoluta de prensa para todos los sectores de la opinión.
- Amnistía general y derogación de todos los decretos y medidas discriminatorias dictados por razones ideológicas o políticas.
- Libertad a todos los presos políticos y sometimiento a la justicia competente de los que hubiesen cometido delitos comunes.
- Reincorporación de los empleados y obreros eliminados arbitrariamente por razones ideológicas o políticas.
- Levantamiento de las interdicciones a personas y empresas e intervención de la justicia en los casos de violación de las leyes en vigor.
- Rehabilitación de los partidos políticos privados de personería y plena libertad para la formación de nuevas fuerzas, dentro de las normas establecidas por la legislación vigente.

2. En lo económico

- Revisión de las medidas de carácter económico y financiero que pudieran lesionar los intereses nacionales.
- Revisión de las medidas económicas y financieras que afectan seriamente el desarrollo de las actividades productivas.
- Plenas garantías para los capitales foráneos invertidos o a invertirse en actividades útiles para la economía nacional, y levantamiento de las interdicciones a las empresas afectadas.
- Restablecimiento de la plena ocupación y adopción de medidas para contener el alza del costo de la vida.

3. En lo social

- Devolución del gobierno de los sindicatos a los trabajadores y elección por los mismos de las autoridades de la Central Obrera en un plazo de 45 días.
- Libertad inmediata a todos los dirigentes y obreros detenidos por razones políticas o gremiales.
- Renovación de los convenios de trabajo, de común acuerdo entre los trabajadores y empresarios, mediante los procedimientos determinados por la legislación vigente al 20 de septiembre de 1955.
- Derogación de los decretos y medidas discriminatorias que impiden a miles de obreros su participación en la vida de los organismos gremiales.

4. En el orden de las fuerzas armadas

- Reestructuración de las mismas con vistas a las necesidades de la defensa nacional.
- Reincorporación de jefes, oficiales y suboficiales que poseyendo valores profesionales y morales hayan sido dados de baja o retirados por razones políticas o ideológicas.
- Mantenimiento de los actuales cuadros con la única excepción que determinen los tribunales y organismos competentes que establece la ley.

5. En el orden internacional

- Respeto y cumplimiento de todos los convenios, pactos y compromisos internacionales concretados por el país dentro de las normas constitucionales y legales.
- Suspensión de la ejecución de aquellos compromisos contraídos en violación de tales normas, a fin de que oportunamente sean considerados por las autoridades legalmente constituidas por los órganos y procedimientos que estatuye la Constitución Nacional.

Sometiendo tales principios y comprometiendo ante el pueblo de la República el fiel y estricto cumplimiento de los objetivos señalados, el Movimiento de Recuperación Nacional toma las armas en defensa de la Patria, decidido a pacificar la Nación por el camino de la verdadera libertad, en el respeto de la Constitución y la ley.

No hacemos cuestión de banderías porque luchamos por la Patria que es de todos.

No nos mueve el interés de ningún hombre ni de ningún partido.

Por ello, sin odios y sin rencores, sin deseos de venganza ni discriminaciones entre hermanos, llamamos a la lucha a todos los argentinos que con limpieza de conducta y pureza de intenciones, por encima de las diferencias circunstanciales de grupos o partidos, quieren y defienden lo que no puede dejar de querer y defender un argentino: la felicidad del Pueblo y la grandeza de la Patria, en una nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana.

¡Viva la Patria!

Movimiento de Recuperación Nacional
General de División Juan José Valle
General de División Raúl Tanco

Carta del General Valle al General Aramburu

Dentro de pocas horas usted tendrá la satisfacción de haberme asesinado. Debo a mi Patria la declaración fidedigna de los acontecimientos. Declaro que un grupo de marinos y militares, movidos por ustedes mismos, son los únicos responsables de lo acaecido. Para liquidar opositores les pareció digno inducirnos al levantamiento y sacrificarnos luego fríamente. Nos faltó astucia o perversidad para adivinar la treta. Así se explica que nos esperaran en los cuarteles, apuntándonos con las ametralladoras, que avanzaran los tanques de ustedes aun antes de estallar el movimiento, que capitanearan tropas de represión algunos oficiales comprometidos en nuestra revolución. Con fusilarme a mi bastaba. Pero no, han querido ustedes escarmentar al pueblo, cobrarse la impopularidad confesada por el mismo Rojas, vengarse de los sabotajes, cubrir el fracaso de las investigaciones, desvirtuadas al día siguiente en

solicitadas de los diarios y desahogar una vez mas su odio al pueblo. De aquí esta inconcebible y monstruosa ola de asesinatos.

Entre mi suerte y la de ustedes me quedo con la mía. Mi esposa y mi hija a través de sus lágrimas verán en mi un idealista sacrificado por la causa del pueblo. Las mujeres de ustedes, hasta ellas verán asomárseles por los ojos sus almas de asesinos. Y si les sonrían o les besan será para disimular el terror que les causan. Aunque vivan cien años sus víctimas les seguirán a cualquier rincón del mundo donde pretendan esconderse. Vivirán ustedes, sus mujeres y sus hijos, bajo el terror constante de ser asesinados.

Porque ningún derecho, ni natural ni divino, justificará jamás tantas ejecuciones.

La palabra «monstruos» brota incontinida de cada argentino a cada paso que da. Conservo toda mi serenidad ante la muerte. Nuestro fracaso material es un gran triunfo moral. Nuestro levantamiento es una expresión más de la indignación incontenible de la inmensa mayoría del pueblo argentino esclavizado. Dirán de nuestro movimiento que era totalitario o comunista y que programábamos matanzas en masa. Mienten. Nuestra proclama radial comenzó por exigir respeto a las Instituciones y templos y personas. En las guarniciones tomadas no sacrificamos un solo hombre de ustedes. Y hubiéramos procedido con todo rigor contra quien atentara contra la vida de Rojas, de Bengoa, de quien fuera. Porque no tenemos alma de verdugos, sólo buscábamos la justicia y la libertad del 95 por ciento de los argentinos, amordazados, sin prensa, sin partido político, sin garantías constitucionales, sin derecho obrero, sin nada. No defendemos la causa de ningún hombre ni de ningún partido.

Es asombroso que ustedes, los más beneficiados por el régimen depuesto, y sus más fervorosos aduladores, hagan gala ahora de una crueldad como no hay memoria. Nosotros defendemos al pueblo, al que ustedes le están imponiendo el libertinaje de una minoría oligárquica, en pugna con la verdadera libertad de la mayoría, y un liberalismo rancio y laico en contra de las tradiciones de nuestro país. Todo el mundo sabe que la crueldad en los castigos la dicta el odio, sólo el odio de clases o el miedo. Como tienen ustedes los días contados, para librarse del propio terror, siembran terror. Pero inútilmente. Por este método solo han logrado hacerse aborrecer aquí y en el extranjero. Pero no tapan con mentiras la dramática realidad argentina por más que tengan toda la prensa del país alineada al servicio de ustedes.

Como cristiano me presento ante Dios que murió ajusticiado, perdonando a mis asesinos, y como argentino derramo mi sangre por la causa del pueblo humilde, por la justicia y la libertad de todos no sólo de minorías privilegiadas. Espero que el pueblo conocerá un día esta carta y la proclama revolucionaria en las que quedan nuestros ideales en forma intergiversable. Así como nadie podrá ser embaucado por el cúmulo de mentiras contradictorias y ridículas con que el gobierno trata de cohonestar esta ola de matanzas y lavarse las manos sucias en sangre. Ruego a Dios que mi sangre sirva para unir a los argentinos.

Viva la Patria

Juan José Valle
Buenos Aires, 12 de junio de 1956

Carta del General Valle a su familia

Carta a su esposa

Querida Mía:

Con más sangre se ahogan los gritos de libertad, he sacrificado toda mi vida para el país y el ejército, y hoy la cierran con una alevosa injusticia.

Sé serena y fuerte. Dios te ayudará y yo desde el más allá seguiré velando por ustedes. No te avergüences nunca de la muerte de tu esposo, pues la causa por la que he luchado es la más humana y justa: la del Pueblo de mi Patria.

Cuida mucho a Susanita, y que después de este amargo trance encuentren resignación y mucha felicidad. Tenemos muy buenos amigos; confía en ellos, yo les he pedido que te ayuden.

Muchas cosas tendría que decirte pero las sintetizo en una sola; me has hecho muy feliz y por ello me voy de la vida con esa serenidad que me has sabido inspirar siempre. Despedime de todos: de tu mamá que tan buena ha sido conmigo. Te deseo mucha resignación. Sé fuerte y continúa la vida con mi recuerdo y con la frente alta, pues de nada debemos avergonzarnos.

Hoy se difama la honra y el honor; pero yo he procedido siempre con integridad. Sólo pienso, que no terminamos nuestra obra en común la felicidad de nuestra querida hija. A ti queda el hacerlo. Sé fuerte para ello. Y por eso debes hacer frente la vida con entereza y mucha confianza en tus fuerzas, que las sé muchas.

No me dan tiempo siquiera a despedirme de ti con un gran beso.

Aquí te lo envié. Pongo en él mi corazón, que ha sido siempre de mi mujercita querida. En los últimos momentos no quiero tener amargura con los hombres que se olvidan de todo lo que es humano.

Mi viejila, perdóname este final de nuestra vida. Pido a Dios que te reconforte pronto para seguir luchando por nuestra hija y por vos misma. Un tropel de emocionadas palabras son las de mi despedida definitiva. Que Dios te proteja y en la resignación encuentres alivio a esta tortura.

Besos y besos de tu Juanjo. Adiós mi amor.

Carta a su madre

Querida Mamá:

Tus últimos años reciben este golpe. Sé fuerte y entera como siempre. Tu hijo como en toda su vida ha cumplido con su deber y muere por una causa noble. Tené orgullo por ello. Las pasiones de los hombres los enceguecen y olvidan hasta a Dios. Es Él que nos juzga y estoy seguro que a mí me querrá en su seno, porque no he hecho nunca mal a

nadie y por ser leal con mi pueblo, caigo. He honrado el apellido que heredé de mi padre, puedes estar satisfecha. Camina ahora más que nunca con la frente alta, sos la madre de un argentino que cumplió con su deber. Cuida a Susana y dale ejemplo de entereza y que sea muy buena hija y nieta.

La vida se ha cortado, pero algún día arriba nos encontraremos y seremos de nuevo felices.

Mi viejita, mi madre querida, que tanto hizo por mí, yo siempre, y ahora más que nunca, te lo agradezco con todas las fibras de mi corazón.

Has sido para mí la mejor de las madres. No ha habido en el mundo ninguna que te supere.

Te hago mi último pedido: Sé fuerte y valerosa como siempre, pues desde el más allá seguiré cuidándote con mi gran ternura.

Fuerte, mamita querida. Fe en Dios.

Muchos besos de tu hijo que te adora.

Juanjo

Carta a su hija

Querida Susanita:

Sé fuerte. Te debes a tu madre. Sé muy compañera de ella y ayúdala a pasar este triste momento. No te avergüences de tu padre, muere por una causa justa: algún día te enorgullecerás de ello.

Te deseo muchas felicidades en tu vida; y algún día a tus hijos cuéntales del abuelo que no vieron y que supo defender una noble causa. No muero como un cualquiera, muero como un hombre de honor.

Ni siquiera puedo darte el beso de despedida, hasta eso los hombres me han negado. Pero desde el fondo de mi corazón te mando toda la ternura y el idolatrado cariño que te tengo, hija querida. Desde el más allá velaré por ti; y en los momentos difíciles de tu vida que deseo sean pocos, recurre a mí, que estaré como siempre para defenderte.

Te pido nuevamente que veles por tu mamita. Sé su mejor compañera y que también sea tu mejor y segura consejera. Mi chiquita, tené valor y da el ejemplo de entereza que honra nuestra sangre. Nuestro honor no ha sido manchado jamás y con orgullo puedes ostentar nuestro nombre. Mi linda pequeña, trabaja con fe en la vida y en tus fuerzas.

Sólo traiciones y venganzas me llevan a este fin, pero no quiere dejarle ninguna amargura y Dios será misericordioso y velará siempre por ustedes.

Cuida mucho a mamita. Ella es muy buena y debe estar a tu lado por mucho tiempo más, para que con la resignación recobren la felicidad que hoy se pierde.

Susanita, te quiero y siempre cuidaré de ti. En estos papeles están todos mis besos que hubiera deseado darte, mi linda, coraje y a luchar con la frente alta en la vida.

Que Fofy sea bueno contigo, eso es lo que a él le pido.

Adiós, querida, besos y muchos cariños de tu papito que siempre te ha adorado.

Papito

Carta a su hermana

Querida Estela:

Los hombres se han enceguecido y se olvidan de Dios.

Me voy con fe por la causa que he luchado y algún día sabrán los argentinos cómo se lucha por ellos.

No aflojes y está orgullosa de tu hermano, andá con la frente alta porque nada malo he hecho y creo siempre haber sido bueno.

Cuida mucho a mamá, es mi gran tranquilidad en estos momentos.

A Nicolás Guille que tenga fe en mí y orgullo.

Tú con ellos que seas feliz y Dios te premie por la mejor hermana que ha podido haber en el mundo.

Bueno, mi china, fortaleza. Muchos besos de tu hermano que te adora y que desde el más allá seguirá velando por ustedes.

Muchos besos. Fuerte y orgullosa de tu hermano.

Juan José

Las víctimas de la Revolución Libertadora

Víctimas directas de la represión de la revolución libertadora

Ramón Raúl Videla

Carlos Yrigoyen

Rolando Zanetta

Miguel Angel Mauriño

Ejecutados en la Unidad Regional de Lanús 10|6|56

Clemente Braulio Ros

Norberto Ros

Oswaldo Alberto Albedro

Dante Hipólito Lugo

Capitán Jorge Miguel Costales

Teniente Coronel José Albino Irigoyen

Ejecutados en José León Suárez 10|6|55

Carlos Alberto Lizaso

Nicolás Carranza

Francisco Garibotti

Mario Brión

Vicente Rodríguez

Ejecutados en Campo de Mayo 11|6|56

Coronel Eduardo Alcibiades Cortínez

Coronel Ricardo Santiago Ibazeta

Capitán Néstor Dardo Cano

Capitán Eloy Luis Caro
Teniente de Banda Néstor Marcelo Videla
Teniente 1° Jorge Leopoldo Noriega

Ejecutados en la Escuela de Mecánica del Ejército 11|6|56
Sargento Hugo Eladio Quiroga
Suboficial Principal Miguel Angel Paolini
Suboficial Principal Ernesto Garecca
Cabo Músico José Miguel Rodríguez

Ejecutados en la Penitenciaría Nacional 11|6|56
Sargento Músico Luciano Isaías Rojas
Sargento Ayudante Isauro Costa
Sargento Carpintero Luis Pugnetti

Ejecutado en La Plata 11|6|56
Teniente Coronel Oscar Lorenzo Cogorno

Ejecutado en la Penitenciaría Nacional 12|6|56
General de División Juan José Valle

Ejecutado en La Plata 12|6|56
Subteniente de Reserva Alberto Juan Abadié

EL DOCUMENTAL

Género: Documental
Duración: 80 minutos
Formato: DVD
Dirección: Eduardo Anguita
Producción general: Mariel Fitz Patrick

Guión e investigación histórica: Eduardo Anguita
Emiliano Costa
Mariel Fitz Patrick
Investigación periodística y documental: Eduardo Zapata
Juan Silva
Paule Decrop
Karina Beneventano
Música: José María Castiñeira de Dios
Locución: Víctor Laplace
Realización: Del Toro Films

En nuestra película hablan los olvidados

Por EDUARDO ANGUITA

Algunas de las escenas de este documental quedarán sólo en las retinas de quienes lo hicimos. La investigación y el rodaje fueron una travesía por historias mínimas de un valor histórico y emocional magníficos. Siguiendo los consejos de Rodolfo Walsh, que indican que el periodista debe hacer cada paso de su trabajo, Mariel Fitz Patrick fue hasta Hipólito Irigoyen 4616 de la localidad bonaerense de Florida, la casa donde el temible jefe de la policía bonaerense Desiderio Fernández Suárez entró a las patadas gritando “¿Dónde está Tanco?” y de la cual se llevaron a doce argentinos, muchos de los cuales estaban esperando el santo y seña para la acción revolucionaria y que después fueron fusilados en los basurales de José León Suárez. Cincuenta años después, Mariel fue recibida por sus actuales dueños, Luis e Hilda Varela, dos jubilados, parientes de Horacio Di Chiano, uno de los “fusilados” de entonces, que logró salvarse de milagro haciéndose el muerto en el basural de José León Suárez adónde los llevaron para asesinarlos en la madrugada del 10 de junio de 1956. Tras presentarse y vencer los primeros e inevitables temores de Luis e Hilda, Mariel logró que nos permitieran ir un día, con un batallón de técnicos, productores, así como de hijos de fusilados y protagonistas de aquella gesta. Nos esperaron como espera una familia sencilla del pueblo: con pan y torta caseros, mate y café, nos brindaron su casa hasta entrada la noche. La casita del fondo, el lugar de la reunión revolucionaria, son apenas dos piezas con baño y cocina, están casi intactas, hoy Luis e Hilda la tienen para guardar muebles y herramientas. Aquella noche del 56 albergaban los sueños de una patria justa. A medio siglo, y respetando su dolor, les pedimos a Daniel Brion, a Berta y Carlos Carranza, a Delia Garibotti y a Alicia Rodríguez, que recorrieran silenciosamente esos treinta metros cuadrados en busca de sentimientos para luego registrarlos en las cámaras y convertir esos testimonios en registros para una historia que muchos deberíamos conocer con más profundidad. Sus padres eran obreros y empleados, hombres sencillos que encarnaron la resistencia sin pedir a cambio nada más que el retorno a la institucionalidad que Rojas y Aramburu habían cortado de cuajo. Y nada menos. Esa noche nos despedimos de Luis e Hilda, en una caravana de autos, igual que aquella noche que Fernández Suárez llevó a los patriotas presos, fuimos a la Regional Departamental de San Martín de la Bonaerense, donde el jefe policial, Rodríguez Moreno, recibió la orden de fusilar a los detenidos. Era una cita con lo inexplicable, con el horror institucionalizado de aquella dictadura que esa noche se ganaría el nombre de Revolución Fusiladora. Cenamos a una cuadra de allí pasada la medianoche, éramos quince personas, a la comitiva se había sumado el entonces suboficial Porfidio Calderón, uno de los que en Campo de Mayo había participado de la toma de la Escuela de Suboficiales sin que se derramara una sola gota de sangre. Porfidio contaba que pasó años preso y que luego el Ejército lo ninguneó. Cuando volvió Perón, integró su custodia. Con los años pudo poner su corralón en Virreyes y, por supuesto, lo llamó El líder. Ahí estaba, Porfidio, pasados los setenta, como escolta de Carlos, Berta, Alicia, Daniel y Delia. Era mi cumpleaños y no perdí la ocasión para brindar con cada uno de ellos. Fue un regalo que no tenía pensado. La última escala de esa noche era la inevitable cita con los basurales de José León Suárez. Llegamos de madrugada y el cableo del generador de corriente se negaba a funcionar. Como si por

alguna razón rechazara darle luz al horror de la matanza de aquella madrugada del 10 de junio. Como si la falta de luz hubiera sido una señal para que Julio Troxler, Reinaldo Benavídez, Rogelio Díaz, Miguel Angel Giunta y Norberto Gavino corrieran de nuevo eludiendo las balas policiales. Como si esa falta de luz fuera el escape para que los fusilados que viven, dieran testimonio de que sobrevivirían al horror. Pero no nos venció la falta de luz. A las cuatro de la mañana, con faros de autos y el talento de nuestro equipo de filmación, pudimos registrar a los hijos de los fusilados en una caminata por el lugar. Frente a lo que fueron los basurales, desde hace años, hay un mural con los nombres y las siluetas de los patriotas. Pasaron elecciones de todo tipo, de esas que hacen pintadas sobre los adversarios o las consignas en desuso. Nadie, ni propios ni ajenos, quiso hacer su pintada sobre esa porción del paredón. Por respeto. En recuerdo de quienes dieron su vida por la Patria.

Veníamos de un trajinar de búsqueda incansable de voces, fotografías de época, documentos, sobrevivientes. Teníamos por delante mucho por hacer. Hoy, en nombre de quienes hicimos Patriotas, quiero agradecer a decenas de personas, la mayoría poco conocidas o anónimas, que siguen sosteniendo la decencia y la humildad con la que se construyen las grandes causas populares n

Un hecho que marcó a fuego la segunda mitad del Siglo XX en la Argentina

Por EMILIANO COSTA

Los fusilamientos de 27 civiles y militares realizados entre el 9 y el 12 de junio de 1956 -con los que el gobierno de la llamada “Revolución Libertadora” pretendió completar un sistema de terror y sometimiento, para imponer un plan político y económico que anulase las conquistas sociales logradas durante el gobierno peronista- constituyen uno de los hechos más significativos de la segunda mitad del siglo veinte en la Argentina y son un antecedente directo de la aplicación del terrorismo de estado a gran escala, que se vivió en el país a partir del 24 de marzo de 1976.

Sin embargo, su importancia y trascendencia no han sido suficientemente señaladas, sobre todo para las nuevas generaciones, salvo por el hito que significó la investigación realizada por Rodolfo Walsh, plasmada en el libro “Operación Masacre” -y posteriormente en la película del mismo nombre de Jorge Cedrón- así como en algunas otras investigaciones y publicaciones que no tuvieron la misma difusión.

A cincuenta años de esos crímenes, creemos que es necesario revisar los hechos, no con el ánimo de revivir viejos rencores sino de analizar las causas que le dieron origen y sus consecuencias, y preguntarnos, sobre todo, si el hecho de que sus responsables nunca fueran juzgados ni castigados, no abrió las puertas para que, a su vez, algunos se sintieran autorizados para hacer justicia por su propia mano, y otros, aquellos que creyeron en la impunidad del terror cuando se ejerce desde el máximo poder, se vieran tentados a perfeccionar y ampliar hasta el límite de lo monstruoso, una metodología que se encuentra en germen en los hechos de junio de 1956.

Por esa razón, nos propusimos realizar un documental que pueda ser visto no sólo por el canal 7 sino también como disparador de otras reuniones y actividades culturales que contribuyan a conocer más y mejor nuestra historia así como a rescatar el ejemplo de hombres y mujeres que se alzaron en defensa de la Constitución aún a costa de sus vidas.

Los ejes del relato y sus voces

Por MARIEL FITZ PATRICK

Para poder contar lo ocurrido en distintos lugares del país, entre el 9 y el 12 de junio de 1956, recurrimos a cuatro relatores para recrear los escenarios principales, así como a participantes de los hechos y a los familiares directos de los fusilados. Esos cuatro relatores fueron Enrique Arrosagaray, historiador y autor de “La Resistencia y el general Valle”; Gonzalo Chaves, hijo de Horacio, ex suboficial retirado del Ejército que participó del levantamiento en La Plata; Daniel Brion, hijo de Mario, uno de los fusilados en los basurales de José León Suárez, y Roberto Baschetti, escritor e investigador de la Resistencia Peronista y de la vida y obra de Rodolfo Walsh.

Arrosagaray reconstruyó lo sucedido en Avellaneda, donde había estado escondido el general Valle en la casa de la familia Rovira, y donde se produjo el intento de un grupo de civiles y militares de montar una radio en el colegio industrial de Palaá y Alsina. El objetivo era difundir la proclama revolucionaria del flamante Movimiento de Recuperación Nacional, que iba a leer Valle el 9 de junio a las 23 horas para todo el país. Ése sería el anuncio del levantamiento y la señal para que los demás participantes del movimiento entraran en acción en las distintas unidades militares previstas en el plan: Campo de Mayo, el Regimiento Motorizado de Buenos Aires, la Escuela de Guerra del Ejército, el Regimiento de Palermo, la Escuela de Suboficiales de La Plata, y la ciudad de Santa Rosa, La Pampa.

Además de Arrosagaray, en la reconstrucción de estos hechos y sus protagonistas, dieron su testimonio Edith Rovira, la hija del matrimonio en cuya casa se escondió Valle unas dos semanas antes del levantamiento; Ana María Ros, hija y sobrina de dos fusilados, y Jorge Costales, hijo del capitán del mismo nombre.

Por su parte, Daniel Brion fue el encargado de reconstruir la detención de las 12 personas que esperaban la señal por la radio del levantamiento en la casa que alquilaba Juan Torres, militante peronista de esta zona de Florida, en el norte de la Provincia de Buenos Aires. Esa noche, con la excusa de escuchar la pelea por el título sudamericano entre Eduardo Lausse y el chileno Manuel Loayza, estaban en el departamento del fondo Mario Brion, peronista y empleado de Siam; Carlos Lizaso, de sólo 21 años; Nicolás Carranza, obrero prófugo de la Policía por repartir volantes; Francisco Garibotti, su vecino y también obrero ferroviario; Vicente Rodríguez, obrero portuario; Norberto Gavino, peronista prontuariado; Rogelio Díaz, un suboficial retirado de la Marina a quien no se le conocían demasiado sus simpatías; y Juan Carlos

Livraga, un muchacho colectivero que no estaba al tanto del plan del levantamiento y sólo había ido a escuchar la pelea.

Sobre los asesinatos de José León Suárez, además de Brion, testimoniaron otros cuatro hijos de fusilados: Berta y Carlos Carranza, Delia Garibotti y Alicia Rodríguez.

En tanto, Gonzalo Chaves –ex militante de Montoneros en los 70’s- fue el encargado de reconstruir los hechos ocurridos en La Plata, donde su padre, un ex suboficial retirado del Ejército, formaba parte del grupo de militares y civiles que participaron del levantamiento.

En esta ciudad, el movimiento revolucionario estuvo comandado por el Teniente Coronel Oscar Cogorno, quien la noche del 9 de junio, junto a un grupo de unos 100 hombres, llevó a cabo la toma del Regimiento 7, en acuerdo con el capitán Jorge Morganti y un grupo de suboficiales que estaban dentro del cuartel. Los ayudó el hecho de que en ese momento, el jefe del regimiento, Teniente Coronel Roberto Gilera, se encontraba en un festejo con otros oficiales y sus familiares.

Además de Chaves, para recordar lo sucedido en La Plata, convocamos a Guillermo Cogorno y Elsa Abadie, hijos de dos de los fusilados en esa ciudad, y a Graciela Zanetta, a su vez hija de Rolando, uno de los dos civiles rebeldes muertos en el enfrentamiento que tuvo lugar frente a la Jefatura de Policía. El otro era Carlos Irigoyen.

Los hechos ocurridos en La Pampa y Campo de Mayo fueron relatados por Roberto Baschetti, sociólogo, investigador y escritor. El operativo de Campo de Mayo estaba a cargo del coronel Rubén Berazay, junto a los coroneles Eduardo Cortines y Ricardo Ibazeta. La misma mañana del 9 de junio se habían enterado que el gobierno militar de Aramburu conocía el intento de levantamiento pero decidieron seguir adelante con el plan para tomar la guarnición militar más importante del país.

Para reconstruir lo sucedido en Campo de Mayo, además de Baschetti, dieron su testimonio los suboficiales del Ejército retirados Porfidio Calderón y Miguel Miraglia, ambos participantes del levantamiento y luego presos, y Cristina Caro, hija de uno de los capitanes fusilados en esa unidad militar el 11 de junio.

A su vez, Baschetti se refirió a los hechos acaecidos en Santa Rosa, La Pampa, donde los rebeldes al mando del capitán del ejército Adolfo Philippeaux lograron copar con éxito la capital pampeana por 10 horas, sin disparar un solo tiro. En pocas horas él y sus hombres tomaron la Comisaría, la casa de Gobierno, la delegación de la Policía Federal y la radio. Fue justamente desde la ciudad de Santa Rosa que el país conoció la proclama revolucionaria, gracias a los 5.000 vatios de la filial local de Radio del Estado. Philippeaux también fue el único cabecilla militar del movimiento que pudo evitar el fusilamiento porque se escapó a San Luis. Cuando lo atraparon en esa provincia, fue alojado en la base de Villa Mercedes. Varios suboficiales lograron postergar su traslado a Santa Rosa. Cuando llegó a La Pampa, acaba de ser levantada la ley Marcial, lo que permitió que se salvara.

El otro escenario donde estaba previsto que los rebeldes actuaran fue el Regimiento de Patricios, en Palermo. Allí el coronel Agustín Digier debía comandar un grupo de oficiales y suboficiales que iban a tomar el Regimiento 1, en tanto que el coronel Alfredo Salinas debía actuar sobre el Regimiento 2. El operativo iba a contar con el apoyo de civiles en los alrededores del cuartel, coordinados por el sindicalista Efraín García.

Aplastada la intentona en cuestión de minutos, los oficiales apoyados por fuerzas policiales apresaron a numerosos rebeldes en las inmediaciones de Palermo y Plaza Italia.

A los detenidos los tuvieron en los calabozos del Regimiento hasta las cinco de la mañana del 10 de junio, cuando fueron trasladados a la sede de la Penitenciaría Nacional, en Las Heras y Salguero. Todos habían sido apresados la noche anterior antes de dictarse la ley marcial.

Fracasado el movimiento, muchos suboficiales se fueron a sus casas, pero al presentarse a la mañana siguiente a prestar servicio, los tomaron prisioneros y los llevaron también a la Penitenciaría. Entre ellos estaba el sargento músico Luciano Isaías Rojas, que estaba de franco el 9 y a la mañana se presentó, inocentemente, a trabajar. Otro de los detenidos en estas circunstancias fue el suboficial Nicolás Basualdo, quien dio su testimonio en el documental.

Para relatar otra de las acciones que tuvieron lugar esa noche del 9 de junio, el sargento ayudante retirado Andrés López contó su rol como uno de los organizadores del intento de toma del Regimiento Motorizado de Buenos Aires, también abortado porque poco antes de que ingresaran al cuartel, la revolución ya estaba delatada y los capitanes de la Escuela Superior de Guerra y de Técnica habían copado el Regimiento. Asimismo, fracasó la toma de Escuela de Mecánica del Ejército, luego de que a las 10 de la noche del 9 de junio, un grupo de suboficiales retirados y civiles lograran ingresar al predio, con la ayuda de un suboficial que desde adentro había sorprendido a la guardia y tomado control del ingreso. Pero el movimiento fue detectado por los jefes de la Escuela que recuperaron la Escuela y los rebeldes debieron rendirse.

Por último, el final de Valle y su fusilamiento en la ex Penitenciaría Nacional fueron reconstruidos por Baschetti y Arrosagaray, quienes relataron cómo Valle, tras esconderse en un departamento en el centro, se entregó en la madrugada del 12 de junio a la Policía para evitar más fusilamientos. Tras ser trasladado en un auto conducido por el capitán Francisco Manrique al Regimiento de Palermo, fue sometido a un burocrático interrogatorio y condenado a la pena de muerte.

A las 10 de la noche, un oficial de la Armada anunció que era la hora y pocos minutos después moría fusilado. La Secretaría de Informaciones de la Presidencia dio a conocer un comunicado que simplemente decía: "Fue ejecutado el ex general Juan José Valle, cabecilla del movimiento terrorista sofocado".

BIBLIOGRAFÍA

Arrosagaray, Enrique: La Resistencia y el General Valle [editado por el autor en Taller Hogar La Paz, Buenos Aires, 1996]

Brión, Daniel: El Presidente duerme. Fusilados en junio de 1956. La generación de una causa [Editorial Dunken, Buenos Aires, 2001]

Ferla, Salvador: Mártires y verdugos [Ediciones Revelación, Buenos Aires, 1972]

Jauretche, Ernesto: La "Revolución Libertadora": retorno al coloniaje [artículo de su autoría, 9 de mayo de 2006]

Walsh, Rodolfo: Operación Masacre [Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2001]

IMÁGENES

Archivo personal de Roberto Baschetti

Archivo personal de Daniel Brión

Archivo familia Chaves

Archivo General de la Nación | Ministerio del Interior

Biblioteca Nacional | Secretaría de Cultura de la Nación

Centro Cultural Islas Malvinas | Municipalidad de La Plata

Fuente: www.9junio1956.jg.gba.gov.ar